

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, JUNIO 5 DE 1881.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE BELLINI

Novela original de Josefina Pelliza de Sagasta

Dedicada á la escritora argentina
Matilde Elena Wili.

(Escrita espresamente para *El Album
del Hogar.*)

Capítulo I

EL CANTO DE LA GRANGE

Era el año 185. . . la Grange cantaba en la Victoria. El teatro era pequeño para aquel mundo de fanáticos que acudían para envolver en ondas de aplausos y en raudales de locura y entusiasmo, el génio del arte mas sublime de su época.

Madama la Grange, semejante á Adeline Patti, cruzaba su senda de artista pisando flores y joyas, rindiendo con su canto de sirena el corazon de cuantos la veian y oian.

La Grange, pues, cantaba aquella fria noche de Agosto: un cordon de carruajes llenaba el frente y hasta la acera opuesta del teatro; las tertulias, los palcos bajos, altos, los avancé, la platea, y hasta la cazuela estaban literalmente llenos; solo un palco alto de la fila del medio veíase desocupado.

La Grange cantaba los últimos momentos de Bellini. Habeis oido ese pasaje divino de los últimos momentos del gran compositor? Parece que reuniendo todos los tesoros del sentimiento, todas las lágrimas de su corazon agonizante, el maestro sublime hubiera derramado en cada nota de su canto postrero, un sollozo, una súplica, un reproche, un adios, en fin. . . .

La orquesta tristemente destemplada comenzó á sentirse, derramándose en

ondas sonoras y dulcísimas por los ámbitos acústicos del teatro. El escenario se abrigó con las luces mas vivas, las arañas resplandecieron, y, un estrépito, un torrente de aplausos, atronó el aire iluminado.

La artista querida, la Grange envuelta en cendales de blanca cachemira, con las ondas desenrolladas de sus cabellos rubios, comenzó un gorgojo interminable, despues de inclinarse y saludar al público. Su voz admirablemente modulada llenó con su mas alta vibracion la bóveda del teatro y los ámbitos.

En aquel instante el estrépito de un palco al abrirse con fuerza, hizo volver la atencion de todos hácia aquel lado. El palco vacio estaba ocupado. Acababa de entrar á él una mujer y un hombre.

Reynaldo Lencini, artista de corazon, adoraba la música, y aquella noche, con su alma henchida de entusiasmo y de aplausos, habia concurrido al teatro oyendo hasta aquel instante la voz de la artista extasiada, y ageno á todo lo que no estaba en aquella órbita de sentimiento y belleza suprema; pero como todos los demas, dió vuelta en aquella direccion, siguiendo el movimiento general, y al fijar sus ojos en quien lo produjera, una sensacion estraña llenó su alma y avasalló su corazon. Quedó estático, esclavo, vuelto hácia aquel lucero que lo inundaba con su fulgor.

La música, la voz, hasta la artista pasó inapercibida; si le hubieran preguntado donde estaba, no habria sabido responder. Solo veia á aquella mujer hermosa, tal era la fuerza enorme que produjo en el corazon del pintor la belleza angélica de aquella criatura.

Qué hermosa y cuán triste era! Tenia la tez sedosa y pálida, con esa blancura luciente de las perlas; la frente despejada y altiva; el cabello negro, intensamente negro, ondeado sobre el albor de su frente soñadora; los ojos pardos, luminosos con un rayo lánguido de infinita mansedumbre y tristeza; sus grandes parpados, velados por anchas pestañas rizadas, parecian entornarse heridos por la

fuerza de la luz artificial; su nariz era linda, de forma perfecta, y su boca se entreabria por el impulso de la respiracion, como una flor roja que desata el capullo y busca la gota para saciar su anhelo; un conjunto de lineas curvas y delicadas hacia de aquella cabeza de mujer, un ideal, un ensueño de suprema belleza. Llevaba un traje de terciopelo negro adornado de blondas blancas, y ramos rojos; la cabellera naturalmente caida en ondas, onduiaba sobre la nitida blancura de sus contornos de estátua; y sobre aquel cabello profundamente negro, orlando la frente alta y blanca, formaba un contraste delicioso y de muy bello efecto, una corona roja en forma de diadema. Sin embargo de ser tan bella, habia en torno de aquella mujer algo fúnebre, algo fatídico, profundamente frio, que abatía sin saber por qué. Su mismo traje era extraño á su edad; eran tan cándido, tan puro el óvalo angelical de su semblante, que apenas podia calcularse diez y ocho años á lo sumo.

Lenzini, subyugado por completo, envolvía á la desconocida en una mirada de suprema admiracion y ternura, como si en aquella alma hubiera entrevisto parte de la suya, como si se conocieran de antemano, y volviera á recuperarla para su amor que la esperaba. Es ella, murmuraba, mientras sus ojos negros insaciables devoraban á la bellísima mujer.

En tanto la voz de la Grange, como una melodía del cielo, fué subiendo, y el vasto registro de su garganta maravillosa, lanzó una cascada de notas.—Un torrente de melodias infinitas, apasionadas, gimieron, y fueron desmayando sin esperrar, hasta el reproche, hasta la postrera sensacion de vida, y se apagaron en una lágrima, vibrando apenas la voz en una nota baja sobre el preludio de un sollozo lastimero.

La concurrencia conmovida, de pié, silenciosa, parecia enmudecida bajo la fuerza estrepanda de aquella emocion del alma por el canto.

La voz de la Grange volvió á alzarse como una ráfaga armoniosa, y recorrien-

do todos los tonos, cantó el final de los últimos momentos de Bellini.

Todos los ojos arrasados de lágrimas fijábanse en la gran artista. La Grange sublime, sintiendo sus propios acentos vibrar con el sollozo, interpretando de una manera admirable la súplica postrera de aquel corazón agonizante, dió un paso en el palco escénico, detuvo su mirada luminosa en la desconocida de la corona roja, y cantó los últimos versos que traducidos, dicen así:

Voy á morir, si, dentro un momento
Perderé para siempre mi existencia!
De vivir me alhagaba un pensamiento
Tan jóven ay! mas vana resistencia.

Dulce alentar sin fruto te deseo
Ay! morir de mis días en la flor
En el seno de Dios ya me veo
Familia, amigos, mi amada, adios.

La voz de la Grange cesó, el público la cubría con flores, la aplaudía estrepitosamente con un entusiasmo delirante, cuando la desconocida inclinándose sobre el autpecho del palco, arrancó de su espléndida cabeza la corona roja y la arrojó á la divina artista. La guirnalda cayó á los piés del pintor, alzó este, fijó en la jóven del palco una larga mirada envuelta en su alma, y arrancando á la corona una sola flor la puso sobre su corazón, y luego, abriéndose paso entre la concurrencia, llegó á la divina cantora y puso la corona en sus manos. La Grange saludó á la jóven, y esta se inclinó mas que ante aquel saludo, ante la mirada de Lenziini: despues alzó la frente, sus ojos quedaron fijos en la gallarda figura del pintor; habia visto estremecida las flores de su corona sobre el pecho de aquel hombre bello; y cuando este, volviendo, clavó de nuevo sus ojos sobre ella, la jóven tembló; despues, una sonrisa rizó su purpúrea boca, e inclinándose la cabeza sin mas adorno que la enlutada crencha, saludólo con infinita gracia poniéndose de pié, mientras que el hombre que la acompañaba, de enjuta fisonomía, flaco, alto y seco como un nigromántico, echaba sobre sus hombros un elegante abrigo de Arminio.

Lenzini salió del teatro, paróse en la gran puerta de entrada y esperó temblando de dudas á que saliera la desconocida. Esta, envuelta en su elegante abrigo, pasó junto á Lenzini: el hombre seco la seguía á corta distancia. No me olvideis, dijo casi en su oído Raynaldo.

Jamás, contestó la jóven fijando ansiosa una mirada apasionada en el pintor.

Cuando Lenzini volvió en sí de la sorpresa, quiso seguirla, se lanzó á la calle, pero solo percibió la fimbria de aquel régio vestido que una mano blanquísima recogía al subir al estribo de un carruaje. Raynaldo se acercó, pero el carruaje partía y solo vió á la luz de los faroles, un blanco pañuelo que saliendo por la portezuela se agitaba diciéndole adios. . . .

El pintor desesperado se encaminó á su habitacion, subió apresuradamente las escaleras, y empujando la puerta, penetró en su gabinete. ¿Quién está ahí? dijo sintiendo la respiracion de un hombre dormido.

—Hola! Raynaldo, respondió una voz bien conocida del pintor.

—Tan temprano Federico! exclamó este acercándose á un sofá, donde arrellenado su jóven amigo se enderezaba perezosamente. ¡Federico, tienes valor de dormir en esta noche?

—¿Pues qué, tiene esta noche algo mas que las otras?

—Eres un estúpido ¿á que no has ido al teatro?

—Gracias por el elogio, pero como para ir al teatro hay que preparar el bolsillo, consultando el alcance de sus fuerzas, y yo no tenia fuerzas para llegar hasta allí, me vine á tu habitacion y no hallándote arrojéme sobre este sofá, y ya lo ves, he dormido como un bien aventurado.

—Mas bien, dí, como un animal.

—Es lo mismo, como tu quieras, señor artista. . . .

—Cargue el Diablo contigo y con todos los artistas del mundo.

—De un buen peso me libraria el Diablo, dijo Federico, lanzando una homérica carcajada, sin amores, sin un real, pobre, vagabundo.

—Mejor seria eso.

—Luego tu harias un cuadro capaz de enloquecer á todos los viejos de Buenos Aires, y sobre todo, de Córdoba, representando mi pobre individualidad arrebatada en un torbellino vertiginoso, cabalgando sobre la enroscada cola de Lucifer, hácia el lago ardiente, acompañado de todos los artistas, entre los que irias tú del brazo con Proserpina, la digna esposa de Satanás, que tan bien describe Milton en su Paraiso Perdido.

—Basta, gritó Raynaldo; si no te callas, te hago callar.

—Estoy mudo como un cunuco, pero

permíteme que te diga que esta noche estás desconocido.

—Tienes razon, yo mismo no me conozco.

—Y qué ha podido cambiarte de tal manera?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para nada, porque soy curioso.

—Pues yo no quiero satisfacer tu curiosidad; si pudieras comprenderme, te hablaría de ella.

—Luego huy una ella, tenemos aventura, eh!

—Qué te importa?

—Mucho, cuéntame esa aventura.

—Te he dicho que no, vete á dormir, déjame solo.

—Pero donde diablos quieres que vaya á dormir si no tengo un real?

—Toma, y Lenzini alargando á Federico un papel moneda de cincuenta pesos, déjame solo, dijo.

Federico salió, recitando un verso de Campridon:

Y si de pena cubierto

Al fin sucumbo cansado

Moriré sin ser llorado

Como un lobo en un desierto. . . .

Raynaldo necesitaba estar solo, el recuerdo de la desconocida, como una llama de fuego, abrazaba su corazón. . . . Aquella voz, aquella sola frase, jamás, era una promesa inmortal, todo un poema de amor. Cómo hallarla! pensaba, cómo, si no sé ni siquiera su nombre, y Lenzini opriniendo con entreambas manos las sienes se paseaba agitado, yendo y viniendo por su gabinete.

(Continuará.)

Junio de 1881

A LA SEÑORA JOSEFINA PELLIZA
DE SAGASTA

Que perfume has vertido en tu poesia,
Que al aspirarlo el corazón se embriaga?
Que luz has difundido en tus estrofas,
Que iluminan la noche de mi alma?

¿Qué son las notas

De la plegaria

Que modula tu lira y que parecen
Por el lábio de un ángel exhaladas?

¿Son el eco de un beso que la luna
Al sol le ha enviado de su boca pálida?

Y con tierna y sublime melodia
Ha vibrado en las cuerdas de tu arpa?
O son el ruido
Que hacen las álas
Del génio de la gloria que coloca
Sobre tu frente la inmortal guirnalda?

Ahl no lo sé, pero al oirlas creo
Que en un lenguaje celestial me hablan,
Cual las estrellas á la oscura noche,
En los efluvios de sus luces lánguidas;

Como el rocío
De la alborada

Habla á las flores que marchitas viven,
Dando á su seno fecundante sávia.

¿Acaso el viento que agitó tu nido,
Ave canora de mi hermosa patria,
El dulce acorde de un laud divino
Llevó á tu plectro en luminosas ráfagas,
Y en el bebiste

Las notas mágicas

Que, de mi lábio silencioso y yerto,
La amarga queja del dolor acallauit

Sobre esta tierra, cariñosa madre
Que con su amor mis sufrimientos calma,
Que teje flores á mi mística frente,
Humedecidas con sus tiernas lágrimas,

Vivo al arrullo

De notas blandas,

Notas sublimes, cual las que hoy tu génio
A mi corona de poeta enlaza.

Si no temiera que de justa envidia,
Ante la luz que de tu frente irrada
Al centellear tu inspiracion celeste,
Todos los astros su fulgor veláran,
Yo te diria:

Alondra, canta,

Por que tus trinos, de mi vida alejan
Las negras nubes que su cielo empañan!

G. MENDEZ.

MÈSSUN MAGGIOR DOLOR. . . .

Me encontraba en Paris y tenia vein-
cinco años.

Pasaba allí la espléndida vida corres-
pondiente á ese centro y á esa edad: sin
cuidados, sin temores, libre el espíritu y
el corazon, de saráo en saráo, de baile
en baile, me dejaba arrebatar á la merced
de aquel torbellino continuo: no era
pobre, ni rico, pero mis medios me per-
mitian hacer una vida cómoda, sin pri-
vaciones de ningun género.

Los que habeis vivido en Paris, sabeis

bien que de tiempo en tiempo el recuer-
do de la patria, nace en medio de la
orgia ó entre el bullicio de la fiesta: se
presenta como una sombra querida, que
imprime al espíritu una suavidad esqui-
sita, elevando el alma sobre el materia-
lismo que la ahoga: yo los tenia tambien,
pero no como el anhelo de un bien de-
seado. La patria entonces me era fatal,
porque habia perdido en ella el ser mas
amado de mi vida. . . . Huiá el recuerdo
y me hundia en el torbellino.

Una tarde habia ido al Bosque, solo,
en mi noble caballo Antar, brioso como
un hijo de la Arabia, tranquilo y sereno
como un animal de carrera. Hacia ese
paseo diariamente, volviendo á comer á
las seis de la tarde, á la mesa redonda
del Gran Hotel, donde la diversidad de
tipos y la confusion de razas, formaban un
conjunto heterogéneo, cuyo estudio me
agrada sobremanera.

Habia atravesado ya los campos Eliseos
y al entrar á la Avenida de la Empe-
ratriz, siento que Antar se estremece por
el ruido de un carruaje lanzado á la
carrera.

Lo tranquilizo acariciando su arrogante
cuello y hablándole con el acento suave
é insinuante que parecen comprender los
animales.

Antar, puro fuego y nérvio, era como
esos hombres bravos sin pretensiones,
que una palabra hace entrar en razon.

A pocos momentos siento pasar como
una exhalacion casi rozándome, un ele-
gante landó tirado por dos hermosos
caballos de raza, cuyo trotar violento
igualaba á la carrera.

En un momento de impaciencia alzé el
látigo para castigar al inesperto cochero
que tan imprudentemente habia estado á
punto de llevarme por delante, cuando
mis ojos se fijaron en la persona que
iba dentro del carruaje.

Era una criatura de veinte años á lo
sumo; blanca y rubia como el ideal de
un poeta del norte, iba lánguidamente
recostada en el fondo del carruaje; sus
ojos adormecidos y su actitud abandonada,
mostraban que gozaba en la carrera,
como una de esas amazonas inglesas que
viven y se exaltan en la rapidez del
movimiento.

Yo conocia todo el mundo galante de
Paris: sin embargo, nunca habia visto á
esta mujer en ninguno de los centros
elegantes: ni chez Laborde, ni en Mabilie,
ni en Valentino.—Jamás la habia encon-
trado en los teatros, ni en mis diarios
paseos al bosque la habia visto.

Puse al trote mi caballo y la alcancé
al llegar al centro del bosque: me agui-
joneaba una ardiente curiosidad, en la
que se mezclaba un átomo de amor pro-
pio. Hubiera hecho un sacrificio por
mostrar á mis amigos esa conquista.

Perdon, son vanidades de todos los
hombres de esa edad!

MIGUEL CANE.

(Continuará.)

EROTEIDA

. . . . *Nó: ella no era la realizacion
del ideal que yo soñaba: ella no habia
hecho mas que vestir sus formas para
perderme eternamente.*

Hoffman.

I.

Ha muerto!

Porqué, pues, no os he de contar su
historia?

Porqué callar, cuando la voz del remor-
dimiento, habla mas fuerte que la voz de
la razon?

Por no revelar al vulgo indiferente mi
crimen, viviré mas tranquilo y desterra-
ré de mi pensamiento, su recuerdo, su
recuerdo que me atormenta á todas horas,
y no me deja un momento, un solo mo-
mento?

No, ciertamente.

Ha muerto!

Puedo repetirlo bien alto, porque ella
no existe y nadie se atreverá á decir: *hé
ahí al asesino.*

Escuchad la confesion del reo senten-
ciado por su propia conciencia, á un
suplicio sin nombre, sin nombre sobre la
tierral

II.

Sí; yo la amaba con un delirio que
tenia algo de locura.

Su espléndida belleza y su talento,
cautivaron mi corazon, mi corazon
salvaje.

Varias veces traté de reproducir en el
lienzo, sus encantos, pero el pincel caia
de mi mano, cuando queria dibujar su
sonrisa, su incomparable sonrisa.

Miraba sus ojos, y el vértigo de la
inspiracion se apoderaba de mi y trazaba
lineas, lineas, pero . . . nada más que
lineas.

Que habia en el fondo de su oscura pupila?

Qué, en el rayo de su córnea?

Yo no lo sabia.

El hombre se burlaba de la impotencia del artista.

Y cada dia que pasaba, descubria nuevos atractivos en Eroteida.

Su hermosura habia llegado al grado superlativo de lo extraordinario, de lo inconcebible.

Era la hermosura típica, de la diosa, bajo la forma hechicera de la mujer!

III

Una noche—una noche que quisiera olvidar—por siempre jamás—penetré de puntillas en el gabinete de mi amada. Quería sorprenderla en sus trabajos algebráicos, que eran su ciencia favorita.

La lámpara arrojaba una débil claridad, de suerte que el cuarto estaba casi en tinieblas.

Llegué hasta su sillón sin ser sentido, y por curiosidad, solo por curiosidad, alargué el cuello por encima de su hombro para ver lo que leía.

Era un libro de *Mágia*.

Por un capricho del destino, levantó, la cabeza que hasta entonces tuviera inclinada sobre las hojas cubiertas de caracteres cabalísticos; al hacer este movimiento, se apercebí de mi presencia.

Yo lancé un grito al ver sus facciones.

Tenia ante mí un horrible espectro!

Me acometió un vahido.

Cuando se me pasó, ví á Eroteida que estaba á mi lado; pero á Eroteida mas deslumbradora que nunca, con su soberbia magestad comparable solo á la de *Semiramis*, á Eroteida que sonreía y clavaba en las mias, sus pupilas, sus magnificas pupilas.

Nunca jamás me habia mirado así, nunca jamás.

IV.

No me atreví á interrogarla sobre lo que habia visto ó creído ver.

Mi fantástica imaginacion, sueña tantas cosas, que á veces me rio de mis visiones nocturnas.

Y sin embargo, desde aquella noche maldita que quisiera olvidar—por siempre jamás—yo habia tomado un ódio profundo á Eroteida.

Una tarde que departiamos sobre cuestiones filosóficas—ya os he dicho que tenia talento, talento de mujer, es verdad, pero superior en mi concepto, al de mu-

chas notabilidades de carton de nuestro siglo—y cuando me declaraba vencido por la fuerza de sus argumentos incontrovertibles—no sé si fué el demonio de la *Fatalidad* ó el génio de la *Perversidad*—talvez los dos—que deslizaron á mi oido estas terribles palabras: *Espectro! Mágia!*

Yo no ví la incomparable sonrisa de Eroteida, ni el brillo de sus pupilas, de sus magnificas pupilas.

Una nube de sangre oscureció mi vista y me arrojé frenético sobre mi víctima.

Al separar mis manos de su garganta, su rostro estaba cárdeno.

La habia estrangulado!

V.

Enterré el cadáver en el fondo del jardín y me acosté tranquilo, pensando en los dias de felicidad, que me aguardaban, libre como *lo estaba*, de la aborrecida presencia de Eroteida.

A eso de la media noche, sentí que descorrían los cerrojos de la puerta.

La luz de la luna que penetraba por la ventana, alumbraba vagamente el cuarto.

Yo no conozco el miedo, pero temblé, temblé por la primera vez de mi vida.

Si; estaba despierto y oía, oía, oía, los pasos que se acercaban y que la lana de la alfombra no era suficiente á ahogar.

Y la sombra avanzaba, avanzaba siempre mas. Y vino á detenerse junto al lecho.

La luna iluminó su rostro.

Era *ella!*

Ella que aun ostentaba en su garganta la señal de mis dedos y fijaba en las mias, sus pupilas sin brillo ni expresion!

Desde entonces, á esa misma hora, yo la siento acercarse, y veo sus ojos, sus magnificos ojos, pero velados por la sombra de la muerte!

Ella se vá, pero el reflejo de sus pupilas se queda, se queda para alumbrar mi horrible conciencial!

MATILDE ELENA WILL.

Junio de 1881.

EL ANGEL.

Tengo cerca de mí, tallado en mármol,— íntimo confidente de mis ansias: un ángel que repliega silencioso, sobre el inmóvil pedestal, las alas.

Parece, sumergido en la penumbra, que medita talvez en otra patria: tan dulce es su ademán, y tan intensa sed de cielo refleja su mirada.

Cuando tienden las sombras en girones sus velos funerarios, por mi estancia, hay algo que palpita y se estremece en las fibras de piedra de la estátua!

Cuando un rayo de luz hiere su frente,— como un recuerdo que ilumina el alma, se siente un resplandor desconocido, q' brilla en su interior como una lámpara!

Y si un suave destello de la luna— ave viagera de las plumas palidas, que vuela sin cesar,—besa su rostro, como al amante tímido su amada,

El ángel palidece. . . se diría, que oscila lentamente y se levanta, como la hoja del árbol cuando siente el ósculo de luz de la mañana!

LEOPOLDO DIAZ

Junio de 1881.

CARTA LITERARIA

Sr. Dr. D. Ruperto Hauzcarriaga Vidá.

Distinguido amigo:

He leído con gusto y atencion su interesante trabajo «El Divorcio.»

Mal aconsejado por la amistad, le ha hecho Vd. el honor á mi espíritu, de creerlo capaz de discutir con el suyo, y como dije á Vd. al poner su tesis en mi mano—las apreciaciones que yo puedo hacer respecto á un trabajo de esa clase, serán como las que puede hacer un ciego, de los colores. Mi cabeza no pertenece al rango de las privilegiadas, á quienes habiendo Dios detenido en ellas su mirada, ha iluminado con un destello de su luz.

Pero confiada en que Vd. mirará al través del generoso prisma de la amistad, mis sencillas apreciaciones, hijas solo del sentimiento, respecto de una cuestion social que tanto preocupa al mundo inteligente, me atrevo, pues, á confiarle, así, como al oido. . . (para que no llegue mi rústico acento hasta los hombres de ciencia, que lo recibirían con la sonrisa del desden sobre su lábio) lo que pienso

de un asunto de tanta importancia para la mujer.

—«El matrimonio—dice Vd.—es la institución mas grande de la tierra, es la elevación mútua, el dualismo perfecto del espíritu y del corazón, hácia la fuente de toda verdad.»

Pienso como Vd.: creo que el matrimonio es la base principal del órden social, y que cuando la mujer tiene la dicha de encontrar el hombre nacido para la vida íntima de la familia, y por consiguiente, capaz de dar la felicidad al hogar, es el matrimonio un lazo de flores en que la mujer se siente deliciosamente aprisionada; pero si velada su mirada por el mágico tul de la pasión, toma un capricho por amor, en vez de encontrar en él un reflejo del paraíso de que nos habla la leyenda cristiana, será para ella el supremo infortunio. El hombre no es buen esposo, sino cuando ama; cuando se estingue en él ese sentimiento, ya no hay felicidad posible en el hogar; por mas santa y bella que sea la esposa la encontrará detestable aquel que le juró amor eterno al pie del altar; y en ese caso, solo los hombres superiores y de sentimientos nobles, tienen la delicadeza de ocultar á la esposa que el amor santo del alma, que velaba por su felicidad, se ha ausentado del hogar.

Pero si el casado á quien invade el desamor, es un hombre vulgar en su modo de ser, hace alarde de lo que siente, y sin respetar muchas veces la inocencia de sus hijos, insulta á su esposa que no ha cometido mas crimen que dejar de ser interesante á sus ojos. ¿Que vida es la de esa mujer entonces?—Pasará su existencia sujeta á esa cadena, que de lazo de amor se ha convertido para ella en la cadena del presidario?

Horror da el pensarlo siquiera!

Y sin embargo, cuantas desgraciadas viven así, por que profesan la religion del deber, pero es indudable que es menester tener sentimientos de ángel, para resignarse no solo á perder la felicidad del corazón, sino hasta el respeto que como esposa y madre se tiene la conciencia de merecer, y que el mal esposo ni siquiera por cortesía se la tiene á la esposa que no ama ya.

Angustiado sollozo sale de mi alma, al detener mi pensamiento en esos hogares sombríos, de los que Dios aparta su mirada, por que se ha ausentado de ellos el ángel tutelar, el amor del alma, que con sus alas celestiales, cubre el rubor de la mujer, cuando mostrando al mundo el espo-

so, que es tambien el amado de su corazón—dice: «ese es el padre de mis hijos.»

Por lo que dejo dicho, verá Vd, creo, que en ciertos casos, el divorcio es una necesidad, y tengo la esperanza que Vd., hombre de corazón y de progreso, al desempeñar los deberes de su profesión, será un apóstol del bien.

Felicito á Vd. por el buen resultado de sus estudios.

ANGELA GALAN DE SOUZA.

Mayo 29 de 1891.

PLUMADAS

Aquí me teneis, lectoras.

Después de un rápido eclipse, vuelvo á mis tareas *luciernísticas*.

Pasó el verano con sus tardes perfumadas y sus mañanas de primavera.

Pasaron las fiestas mayas, con sus atropadores cohetes, sus millares de luces que paga el pueblo, y las tradicionales cedullitas *saca plata á los tonios*, pero las cuafes no sacan nada, por que todas son . . . blancas.

Así pasa todo en la vida.

El ayer como el hoy, el mañana como el *después*.

La felicidad tanto tiempo acariciada, como la esperanza desvanecida ante la realidad de los hechos.

La ilusión soñada, como las horas de placer pasadas al lado del ser querido.

La vida es un eterno recuerdo.

Esto es incuestionable.

El corazón humano es como un cementerio:—ha dicho del Palacio—todo lo que ha existido, todo lo que ha turbado de alguna manera la monotonía de nuestra vida, tiene en él una cruz, una lápida, ante la cual nos arrodillamos alguna vez, pero ante la cual nos levantamos en seguida limpiándonos los ojos.

¿Qué es la memoria del pasado, ante la felicidad del presente?

Nada.

Todo recuerdo no hace otra cosa que llenar de amargura el corazón.

Felizmente, para resarcirnos de nuestras penas, tenemos el *Olvido* y . . . váyase lo uno por lo otro!

Pero hablemos de otra cosa.

Con una honrosa dedicatoria, hemos

recibido un libro de poesías líricas del distinguido poeta Domingo D. Martinto.

Su libro contiene versos magistrales, en que la elevación de los pensamientos y la delicadeza en el decir, sorprenden y encantan al lector.

Martinto es un poeta de inspiración y sentimiento, que canta con la ternura de un alma soñadora, que ama lo bello, lo soberanamente bello.

Hay lágrimas y sonrisas en sus versos, como también hay reflejos de esperanza.

Adelante, joven poeta, adelante, es el grito de combate de los que luchan por la conquista del porvenir!

Palermo estaba el domingo como nunca. Cuantas mujeres lindas y elegantes! Cuanto lujo y buen tono!

Palermo es el *rendez-vous* de la aristocracia porteña.

Allí vimos á nuestra querida amiga Josefina Pelliza de Sagasta, que atraía las miradas de todos, con su espléndida belleza.

La encantadora Señorita Virginia Mom y la linda Maria Cristina Sagasta, estaban en su día.

También vimos á Lina Montalvan, á las de Victorica, Berdier, Irigoyen, Lima, Hernandez, y otras que no recordamos.

Ah! se nos olvidaba decirles que el buen mozo de Manuel Diez Gomez se daba un *corte especial* Y José M. Escalera Zuviria donde estaba?

Encontró á su Laura?

A propósito, el 25 de Mayo lo encontré en la plaza. Diez Gomez se paró justamente á mi lado: yo sonreía pensando cuan cerca tenía á *Luciernaga* que él cree conocer y se engaña.

Conocen Vds. á la amable Señorita Modesta Rodriguez?

A las que digan *no*, les diremos que es una hermosa niña, de la cual nos ocuparemos con oportunidad.

Tenemos conocimiento de los buenos recuerdos que hace de nosotras y de la simpatía que la inspiran nuestros escritos.

En este mundo de ingratos donde tantas decepciones se reciben diariamente, es muy dulce—como ha dicho Tijerita—y consolador, hallar una vez siquiera flores que perfuman sin herirnos; flores de verdadera simpatía que brotan del alma y suavizan las zarzas del camino. . .

Gracias distinguida señorita, por tus
amables recuerdos.

* * *

Por hoy basta de perla, en el próximo
número, os contaremos muchas cosas.
Señor Director, señoritas, hasta la vista.

LUCIERNAGA.

Junio de 1881.

EL PAÑUELO

(HISTORIA MADRILEÑA)

RESPUESTA

(Conclusion.)

Mis padres fueron de mi bien avaros,
Fué la fortuna mi puñal traidor,
Oro me sobra, timbres, rentas, galas,
Pero alegrías, no.

No me robaste mi pañuelo blanco
Del vals en la revuelta confusion;
Te ví cogerte con afán secreto
Que el alma adivinó.

Mientras mi madre preparó mis galas,
Mientras mi padre concertó la union,
Mientras mi novio me decía amores,
En tí pensaba yo!

Me dijo el mundo que por mí exponias
La vida en aras de mi hollado honor,
La aurora á cuya luz morir pudiste
Llorando me encontró.

Al partir á otros climas la fragata,
Te ví mirando el puerto con dolor;
Calló mi lengua, devoré mi llanto,
Mi alma te despidió.

Cuando tu madre en soledad moria
Por tí y por ella le rogué al Señor;
Las frescas flores que en su tumba crecen
Mi mano las sembró.

Esclava soy de mi deber jurado,
Si mi padre vendió mi corazón,
En mi esperanza vivirás ausente,
En mi memoria, no.

Guarda el pañuelo que la sangre ostenta
Con que mi pena en su dolor mordió
Los torpes lábios que guardar juraron
Fé del mentido amor.

Antes que tú perecerá quien tiene
De muerte herido el triste corazón.
¡Sé tú quien cubra con el blanco lienzo
Mi rostro sin color!

INVITACION

Querido Luis: En premio del servicio
Que debe á tu pañuelo mi mujer,
Mañana jueves, á las siete y media,
Los dos te esperamos á comer.

ECOS DE MADRID

•Ayer en el Retiro á un caballero
•Un ladrón el pañuelo le robó,
•Y no pudiendo dar con el ratero
•El robado al estanque se arrojó.
•Se han hecho diferentes comentarios
•Del hecho original,
•Y el suicidio atribuyen los diarios
•A trastorno mental.

•La señora Marquesa del Olvido,
•Condesa de Soler,
•Falleció en el teatro de repente
•En la noche de ayer.

•Su sorda y pertinaz melancolia,
•Segun mas de un doctor,
•Produjo el triste fin que Madrid todo
•Refiere con dolor.

EPÍLOGO

El noble viudo, que por dicha rara
Siempre halló gloria en la amorosa lid,
Terceras nupcias dicen que prepara
Que asombren á Madrid.

Tres hermosuras en su edad florida
Hizo suyas el inclito Marqués,
Cuya salud y plétora de vida
Sobraron á las tres.

Rico, robusto, decidor, rumboso,
Nunca el tiempo en sentir diz que perdió;
Todo lo encuentra fácil el dichoso;
Cuanto quiso logró.

Buscando está para el amante nido
Mil antiguallas que á adornarle van:
De un almacén en el sin par surtido
Las busca con afán.

Un terso espejo en que su faz galana
Catalina de Médicis miró,
Y de Ninon, famosa cortesana,
Magnífico reló.

Vajilla de oro, espléndidos joyeros
Que usó el Gran Capitan,
Y un alboroz que regaló á Cisneros
El vencedor de Orán.

El manto que á la célebre Padilla
Cubria cuando el rey se la llevó,
Y el velo que una reina de Castilla
Para su boda usó.

Abanicos en áureo varilloje
Que eran de reinas y de damas mil,
Y rica falda de flamenco encaje
Que el talle hará gentil.

Todo lo compra el novio cariñoso,
Y el anticuario en charla sin igual,

Mil rarezas le vende calumnioso
Para el hotel condal.

Y notando despues que busca en vano
Algo que el anticuario adivinó,
Al verle que con una y otra mano
El traje recorrió,

De un monton donde está medio escondido
Coge un pañuelo que á ofrecerle va,
Y entre el encaje y diáfano tegido
Teñido en sangre está.

Regalárselo quiere al noble viudo
Que tanto cachivache le compró,
Y aunque el origen explicar no pudo,
Mintiendo lo inventó.

Del comprador altivo y desdeñoso
Los torpes ojos el pañuelo ven,
Y encontrándole pobre y haraposo
Le arroja con desden.

•Guarde ese trapo vil de mil colores,
Dijo despues, y echándose á reir,
Que huele á crimen y trasciende á horrores
Y no me ha de servir.

¡Ay! en aquel instante de amargura
Nadie sintió el rumor

Con que en dos tumbas, en la noche oscura,
Seaba un hondo, inmaterial temblor!

EUSEBIO BLASCO.

ARCO-IRIS

En esta época del año, la baja tempera-
tura de la atmósfera brinda con un
tema fecundo al pobre escritor que tiene
el magín agotado, y tambien la paciencia
del lector, de tanto repetir la misma cosa
todos los días.

El invierno, viejo aterido y de barba
cana, como lo pinta la fábula, vá en
esta ocasion á sacarnos de apuros.

No, y por desgracia, de esos apuros que
tan bien conocen los pobres y la vanidad
apremiada por el orgullo, sino simple-
mente del apuro de no tener sobre que
escribir, aunque abunde el papel de
carta.

Por el momento quiero consignar, que
mi picaresca y femenina cólega Luisa,
se muestra acérrima partidaria del in-
vierno en su crónica del número pasado.

He aquí un motivo por el cual desearia
ser invierno y arrostraria impasible las
maldiciones de los friolentos.

En definitiva, yo creo que nadie es partidario del invierno de una manera sincera.

Esto me lo prueba la actitud de hombres y mujeres en esta estación ingrata.

Empecemos por ver lo que hacen.

Encienden la estufa, se abrigan,—en una palabra, combaten el invierno y tienden por todos los medios á forjar un verano artificial.

Entonces, es lógico concluir que si fueran realmente amantes del invierno no harían nada de esto.

El invierno considerado de esta manera confortable, se parece á los literatos, porque no es más que un plagio del verano.

En invierno siempre una creación artificial corresponde á otra natural del verano.

El calor por la estufa y los abrigo, el trino de las aves por las artistas de la ópera, las flores y las frutas, reales y no de cercado ageno, por Vds, bellisimas y encantadoras lectoras.

¿Querrán Vds. saber mi gusto en esto de estaciones, tema que suele hacer el gasto de las conversaciones en las visitas de novios y dandys?

Pues allá voy.

Por otra parte, ¿qué no haría yo por complacer á Vds?

A mí me gusta el invierno..... esperen Vds. . . me gusta el invierno cuando hace calor y el verano cuando hace frío.

Pueden, pues, Vds., ir atando cabos y pensar que no soy tau zozzo como talvez lo parezco.

Ambas estaciones tienen sus inconvenientes y ventajas.

Les diré los que me ocurren en este momento.

Los inconvenientes del invierno, son: el frío, las coloraciones en la punta de la nariz, los sabañones, el lodo en las calles, los resfrios y la falta de dinero.

Las ventajas las dejaré para el último.

En los inconvenientes del verano se pueden citar: la gota gorda, el gasto en chalecos blancos, la axficia y la falta de dinero.

En sus ventajas: la abundancia de fruta, las flores, lo bien que sabe «un choppe», y más que todo, el no tener frío.

El invierno tiene su poesía, y entre las muchas que posee esta es una de sus ventajas.

La poesía del invierno es triste y melancólica.

Parece el reflejo de una alma acongojada.

Los árboles con sus hojas amarillentas, triste el sol, la luna más lívida que de costumbre,—todo esto impresiona las almas y las impregna de tristeza.

Pero el vértigo social arrastra, sacude y lleva á las muchedumbres por ignotos senderos.

Las sociedades humanas hacen un mundo aparte y distinto en el mundo de la naturaleza. Cuando esta dice es invierno, la industria la desmiente.

Por esto, las estaciones no pueden reflejarse con vigor y fuerza en el alma humana.

La influencia de una mañana fría, la borra la atmósfera ardiente que se respira en el sarao.

Así es, que las mujeres flacas siguen la inversa de los árboles que se despojan de sus verdes atavíos.

Esta es otra de las ventajas.

En invierno no se encuentran mujeres flacas ni por un ojo de la cara, es decir, en público, porque en privado hasta un tuerto sería capaz de encontrarlas. . . . debajo de catorce batas y diez enaguas.

Tiene muchas otras ventajas el invierno. ¿Puede pedirse nada más poético que ver á las mujeres bien abrigaditas, á través de los cristales empañados de la ventana, restregándose las manecitas?

No es una mujer, entonces, sino una silueta fugitiva.

Y á esto precisamente es á lo que llamo yo poesía.

Es decir: que parezcan las cosas bellas, aunque no lo sean.

Y es cosa averiguada que no hay mujer fea. . . mirada de lejos.

Tan cierto es esto, que tengo por una verdad inconcusa que la belleza es una cosa de relación que obedece á las leyes de la perspectiva en todas y cada una de las impresiones que produce.

Con el tiempo, estas verdades harán camino y nos casaremos y comunicaremos, hombres y mujeres, por telégrafo.

La mujer vivirá, verri-gracia, en Siberia, y el hombre en Patagonia.

Cuando esto suceda, podremos despe-

dirnos para siempre de los continuos descalabros domésticos.

Diré para concluir, que el invierno es por demás sociable.

Acerca las personas y es la mejor Curia Eclesiástica para juntar matrimonios separados.

La estadística revela que en invierno acontecen menos divorcios que en verano.

Apuesto doble contra sencillo á que con este dato mis bellas lectoras se deciden por el invierno.

¿Acerte?

Espero la repuesta á vuelta de correo.

CORRESPONDENCIA

DE LA ADMINISTRACION

AL Sr. D. EUDORO DIAZ—ROSARIO.

Esta Administración le agradece el envío del importe de suscripciones, hasta la fecha.

AL Sr. D. OCTAVIO FUNES—SAN NICOLAS.

Se le agradece el desinterés manifestado para servir á este semanario y se le avisa que con fecha 31 del mes ppdo, se contestó á su última carta.

AL Sr. D. SALVADOR PUJADAS—ROSARIO.

En la fecha se le escribe adjuntándole la cuenta detallada de lo que adeuda, y se le acusa recibo de los 406 \$ m/c. que remitió.

AL Sr. D. DANIEL MANZANERO—25 DE MAYO.

Se le pide tenga á bien contestar la carta que le fué dirigida últimamente.

AL Sr. D. SANTIAGO MACIEL—MONTEVIDEO.

Se le suplica tenga la bondad de contestar á la mayor brevedad posible las cartas que últimamente le han sido dirigidas por esta Administración, pues urge conocer lo que al respecto nos manifieste.

A NUESTROS AGENTES

En nombre de todos los sentimientos del deber y de la honradez, nos dirigimos á aquellos agentes á quienes hemos escrito encareciéndoles la necesidad que esta Administración tiene de recibir los saldos que adeudan, pidiéndoles se dignen contestar nuestras cartas á la mayor brevedad posible.

El Administrador.

SECCION DE AVISOS

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del «Porteño,» entre San Martín y Florida.

Durabilidad, claridad en su impresión y
barratura.



Planchas para marcar toda clase de ropa

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 -- Piedad -- 140

Directamente en frente de la oficina del «Porteño,» entre San Martín y Florida.

A LAS FAMILIAS

y

AL PÚBLICO EN GENERAL

Llevamos al conocimiento del público que desde esta fecha ofrecemos en venta en la calle Colon 257, los siguientes específicos de nuestro exclusivo invento.

Agua para sacar manchas en toda clase de telas.

Preparación para limpiar toda clase de metales.

Polvos inmejorables para limpiar los dientes.

Prevenimos igualmente que estos tres artículos se venderán en un solo lote que contendrá una hoja impresa donde se explica la manera como debe usarse cada uno de ellos.

Guillermo Quiroga y Ca.

JACOBA S. DE BUSTOS

PARTERA APROBADA

Ofrece al público sus servicios profesionales.

646—Calle Santa-Fé—646 .

IMPRESA COLON

DE JUAN CORONADO E HIJOS

623—CÓRDOBA—623

(Escritorio Central: San Martín 18)

Libros, Periódicos, Folletos, Circulares, Facturas, Precios Corrientes, Conocimientos, Manifiestos de Aduana, Etiquetas, Papeletas, Programas, Diplomas, Memorandums, Targetas de todas clases y tamaños, Carteles, Libretas talonarias para Barracas y Almacenes, etc., etc.

LA AFRICANA

TIENDA Y MERCERIA

DE RAMON DE LA PUENTE

Santa-Fé y Garantías

Gran surtido de ropa blanca para hombres y niños.

Especialidad en pañoletas de lana y felpa, á precios módicos.

Surtido de calzado para señoras y niños, y un variado y completo surtido en artículos del ramo.

POESIAS LIRICAS

de

DOMINGO D. MARTINTO

(Igon Hermanos editores)

Se venden en la Librería del Colegio y en la Administración de este periódico, á 10 pesos el ejemplar.

LA BIBLIOTECA POPULAR

DE BUENOS AIRES

Dirigida

por MIGUEL NAVARRO VIOLA

Un tomo de 250 páginas cada mes. Suscripción mensual 15 pesos m/c. Mai-pú 24.

DE TABACO HABANO

En la calle Uruguay, núm. 508, se venden cigarrillos de tabaco habano, elaborados por G. Mendez.

TIENDA "LA COQUETA"

SANTA-FE 607—ENTRE CALLAO Y GARANTIAS

Desde esta fecha ofrecemos al público los siguientes artículos en venta:

Ricos bombasies labrados á 10, 12 y 15 \$ vara. id lisos desde 4 hasta 8 \$ v. Tartanes para vestidos y batones á 8, 10 y 12 \$ v. id algodón á 5 \$ v. Franelas blancas, amarillas y punzó á 12, 16 y 18 \$ v. Ricas cretonas para forro de muebles, gustos de última novedad á 7 \$ v. Lustrinas negras y de colores de 4 hasta 20 \$ v. Flecos con canutillos propios para tapados á 12, 16, 18 y 20 \$ v. Cuellos de hilo para señoras á 5 \$ uno. Corsés finos ballena ancha y un variado y completo surtido en artículos del ramo de tienda, mercería y perfumería, á precios lo mas equitativos—adecuados á la época de competencia por que atravesamos.

Santa-Fé 607 entre Callao y Garantías.

BOTICA SANTA-FE

de

SILVESTRE ROSENDE

Calle Santa-Fé 647 entre Callao y Rio Bamba.

DESPACHO NOCTURNO

«GRANJA MODELO ARGENTINO»

CALLE JUNCAL ESQUINA LARREA

A los dueños de Hoteles, Cafés, Fondas, etc. y á las familias, se les avisa que en el «Gallinero Modelo Argentino», encontrarán toda clase de aves y especialmente gallinas, pollos y huevos frescos.

Los pedidos se reciben á cualquiera hora del dia, en el mencionado local.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, JUNIO 12 DE 1881.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE BELLINI

Novela original de Josefina Pelliza de Sagasta

Dedicada á la escritora argentina
Matilde Elena Wili y escrita
espresamente para *El Album del Hogar*.

(Continuacion.)

Capítulo II.

EL RETRATO

Habian pasado algunos meses y Raynaldo siempre triste y doblemente melancólico pensaba en la desconocida del palco, como en la fantástica vision de un sueño: noche á noche concurría al teatro y sus ojos ansiosos, fijos sobre el palco encantado, encontrábanlo siempre desocupado. Un dia se levantó al rayar la aurora. Esa noche sus ojos abiertos por el insomnio no se habian cerrado un solo instante, el lecho ardía, su cabeza era un volcan: vistióse de prisa y abriendo el balcon, trató inútilmente de refrescar su frente abrasada por una idea.

—Sí, sí, murmuró, llevando la mano al corazón, sí, yo necesito vivir á su lado, contemplarla á todas horas, sí, sí, lo haré: su rostro está dibujado sobre mi corazón, ella será la gloria de mi vida; y el pintor radiante de júbilo estendió un lienzo sobre el caballete y tomando sus pinceles se sentó al frente y comenzó á hacer el bosquejo de una cabeza.

La luz tenuemente sonrosada de la mañana iluminaba vagamente al inspirado artista. En aquel rostro resplandecía el génio—estaba alumbrado, transfigurado por la idea.

Raynaldo era varonilmente bello, no reunía la perfeccion acabada de esas bellezas afeminadas, por el contrario, poseía un género de hermosura melancó-

lica pero enérgica en los detalles de su rostro. Era alto, delgado, de talle flexible y gallardo: tenia el rostro moreno, pálido y con grandes ojos negros: en aquellos ojos siempre húmedos brillaba un rayo de inspiracion creadora, ese destello que en los ojos del artista, del poeta, del escultor, es el génio que brota en raudas emanaciones de luz, haciéndonos detener para inclinar nuestra cabeza: tenia la nariz fina y aristocrática, la melena negra, rizada y algo larga, la boca gruesa, fuertemente roja y casi cubierta por un espeso bigote retorcido con esmero en las estremidades: tenia la frente ancha, despejada, con una ligera contraccion en el ceño: las manos en fin eran blancas, delicadas, y su voz de timbre suave y simpático.

Raynaldo pintaba y su rostro se coloreaba tenuemente; su alma, su pensamiento entero estaban absorbidos en el lienzo. Con admirable maestria y gracia, mezclaba las tintas, sombreaba de claro oscuro el delicado perfil y sin mas tiempo que el muy preciso para mojar el pincel, volvía sin alzar la cabeza á seguir su tarea.

Pasaron las horas de aquel dia y Raynaldo no se movió ni aun para tomar alimento.

Cuando la dueña de casa vino á ofrecerle el almuerzo, el pintor gritó enfurecido: no entreis, dejadme, hoy no quiero comer, decid si alguien me busca que no estoy en casa, y siguió su pintura.

La pobre mujer azorada creyó que su huesped se habia vuelto loco y encogiéndose de hombros, menos gasto, dijo, y se marchó.

De pronto Raynaldo dió un grito: es ella! exclamó, y pálido, anhelante, bañada la ancha frente de copioso sudor cayó de rodillas con el pincel en la mano ante su propia obra.

La hermosa cabeza de la desconocida, semejante á un relieve primoroso, estaba pintada por Lenzini, como animada sobre el lienzo, de un soplo vital: la negra cabellera destrenzada parecia flotar á impulsos de las auras: sus ojos azules

impregnados de reflejos divinos alumbraban aquel rostro que hablaba. Su boca, tan fresca, tan diámita, estaba pintada con una pureza, con una espresion tan natural, tan palpitante, que parecia, al contemplarla, iba á sonreirse lanzando un suspiro. La corona roja rodeaba su frente, y con una mano parecia asirla para arrancársela. El color pálido de su nacurada faz, mucho habia costado al pintor para su difícil imitacion, era un color especial y cuya pintura no estaba prevista; á fuerza de experimentos y confecciones halló la tinta, y terminando la obra, su pensamiento calló lanzando un grito. Con las manos juntas contempló el retrato, mudo de admiracion y temblando de orgullo. Es ella! repetía, mientras que una lágrima brillantaba sus ojos: despues se puso de pié; ya está la cabeza murmuró, la cabeza mas hermosa que han visto mis ojos: luego cubrió el lienzo con un velo y guardó su tesoro para seguirlo al dia siguiente.

Capítulo III.

ADRIANA

No lejos de la ciudad y á poca distancia de un rio manso y transparente, de un rio que crece silencioso sin encreparse jamás en olas revueltas, alzabase un viejo caseron de antiguas cornizas y mirador vetusto. Las sombras envolvian todo, árboles y edificios, solo el reflejo de una luz que partía del centro de aquel mirador, iluminaba tenuemente un espacio pequeño, pero bastante para percibir la figura blanca y gentil de una mujer que cruzada de brazos inclinabase sobre la barandilla del gabinete alto.

Aquella mujer era Adriana, la misma desconocida de la corona roja, la misma á quien el pintor amara.

Vestia enteramente de blanco y la enorme y negra cabellera destrenzada y ondulante sobre los pliegues del vestido, cubria su talle. Estaba sola, y, á juzgar por la espresion de su bello rostro, parecia profundamente triste.

—Adriana, dijo una voz á su espalda.

La jóven se volvió, un hombre alto, seco, vestido de luto, el mismo que acompañaba á la desconocida del teatro, estaba de pié con expresion respetuosa.

—Mi tío! dijo la jóven medio asombrada, como si aquella visita le infundiera terror.

—Tengo que hablarte, volvió á decir el enlutado, siéntate.

La jóven temblando se sentó.

—Tu has llorado, Adriana, dijo viendo las huellas recientes del llanto en las mejillas de la niña.

—Ah, señor, sino tan solo, que muchas veces lloro por que no sé que hacer. Adriana enjugó sus ojos húmedos.

—¿No te gusta, eh?

—Si he de decirlo la verdad, nó.

—Pues, hija mia, por ahora no pienses en salir, por que has de saber que tu presencia ha debido despertar una impresion imborrable en algun corazon. . . .

Adriana tembló, creyendo que su tío hubiera adivinado el secreto de su amor ideal.

—¿Por qué dices eso, tío?

—Por que voy á contarte algo que te va á sorprender; figúrate que esta tarde, al regresar á mi casa, se me ocurrió entrar al grandioso salon de pintura de B. Una gran concurrencia admiraba los cuadros y sobre todo uno que yo no podía ver por estar apiñado á su redor un crecido número de curiosos. Algunos decian: es divinal qué mujer! qué pintor! otros: parece viva, sus ojos brillan sobre el lienzo como dos soles—y otros, mil cosas por el estilo.

Mi curiosidad estaba naturalmente picada; traté de abrirme paso, y penetrando, fijé mis ojos en el cuadro; llevé la mano á la boca y solloqué un grito que se escapaba yá. Aquella mujer, aquella divinidad eras tú.

(Continuará.)

Junio de 1881

LEYENDA

LA AURORA DEL CRISTIANISMO

I.

La aurora, la dulce aurora,
Sobre Nazareth vertía
El blando soplo del día,
Que un rayo de sol colora
Empapado de alegría.
¡Despierta, mundo! El hosanna

Que tu letargo quebranta,
Es el sol que se levanta
Y el anra de la mañana
Que vuela, palpita y canta.

Despierta! La ardiente llama

Ya surge, roja, encendida,
Y hasta la noche aterida
Su frente de hielo inflama
En el fuego de la vida.

¡Palpita! Y el himno santo
De la alborada sonriente
Estalle bajo el Oriente,
Que vale mas que tu canto
Un rayo de sol naciéntel . .

¡Del sol! . . . Astro sin segundo
Que vió hundirse el paganisimo:
¡Dios lo arranca del abismo
Para lanzar sobre el mundo
La aurora del cristianisimo!

II.

En blando lecho de armiño,
Tras blancos y azules velos,
Sin temor y sin anhelos
Dermia un plácido niño
Como se duermen los cielos.

Sobre sus ojos velados
No sé que luz se veia:
Algo que al alma traia
Los resplandores nevados
De una luna que nacia.

En sus lábios carmesés
El espíritu procura
Beber, lleno de ventura,
Un perfume de aleties
Y una frase de ternura.

En su frente blanca y bella,
A través de tanta calma,
No sé que sombra de palma
Se presiente, aunque destella
La luz celeste del alma.

Alma que oscila indecisa
Entre la fé y el quebranto,
Destello lleno de encanto
Que nace con la sonrisa
Y brilla en gotas de llanto.

III.

Vela el sueño de la infancia,
Sobre la cuna inclinada,
Una mujer, perfumada
Con la mística fragancia
A Jericó arrebatada.

Sobre su sien de alabastro,
Que un vago tinte arrebola,
Brilla la blanca aureola
Que el melancólico astro
Ciñe en la curva de la ola.

Muda, palpitante, bella,
Llena de afán, de sonrojos,
Ante el niño cac de hinojos. . . .
¡Parece limpida estrella
Luciendo entre velos rojos!

Es la mujer, un momento
Ante su Dios confundida;
Es la madre, estremecida
Bajo el Calvario cruento
Que se alza ante ella en la vida.

Por eso allí se prosterna
Rogando por sus hermanos,
Y llora, y junta las manos
MARIA. . . la madre tierna
De los poetas cristianos!

IV.

Pasó un instante: su ruego
Murió en el lábio ferviente,
Y se alzó resplandeciente
De pasión, de fé, de fuego,
Como un astro sobre oriente.

Y volviendo hácia la cuna,
Se inclinó sobre su niño:
¡Cuánto gozó en su cariño,
Viendo en su frente de luna
Impresa su faz de armiño!

Mucho gozó! . . . lo comprenden
Los que aman la infancia hermosa:
Esas mejillas de rosa
Que en el espíritu encienden
No sé que luz carifosa!

Llena de amor, como imprime
Su luz la luna en el lírio,
Le besó con el delirio
De una madre que no gime,
Pero que acepta un martirio.

Le besó, y sobre su pecho
Desolado y sollozante,
¡Ay! le oprimió delirante. . .
¡Por qué no cayó deshecho
El Calvario en ese instante!

V.

Héla allí la triste aldea
Que en la falda se reclina:
Duerme aún en la colina
Nazareth de Galilea,
La perla de Palestina.

En tanto, la régia lumbre
Derramada por el cielo,
Ondéa sobre el Carmelo
Y del Tabor en la cumbre
Desata el último velo. . .

Alzándose allá en la loma,
El horizonte perfila
Blanca mansion: la pupila
Vé sobre ella una paloma
Celeste, girar tranquila.

Huyen sobre la llanura
El chacal y la pantera. . . .
¡Ruje el león! . . . la ribera
Del Genezareth murmura
Palabras de primavera.

Y mientras se alzan sus coros,
El Cedron en luz se inflama,
Correl chocal saltal bramal . . .

Y un bosque de sicomoros
Suspira de rama en rama.

VI

¡Era *el*... Solo vagaba
Por el bosque estremecido:
Dulce, armónico rüido,
A su paso levantaba
Un éco desvanecido.

Quizá las tristes congojas
Del sáuce: lira salvaje
Que formula ese lenguaje
Con que suspiran las hojas
Y llora y canta el ramaje.
Sus blandos besos vertían
Cándida luz en las flores,
Que llenas de resplandores,
Bajo sus lábios decían
Fragantes sueños de amores.

Y las aves! . . . De la palma,
Que se inclina sollozando,
Le ven. . . palpitan. . . volando
Se lanzan, y toda el alma
Esprimen sobre *el*, cantando!

El bosque tiembla Las nubes,
Llenas de luz se estremecen,
Se alzan. . . huyen. . . van. . . Parecen
Las alas de mil querubens
Que vuelan y resplandecen!

VII.

Era Jesús. De la vida
Ante él, el himno se eleva;
Ante él, que en el alma lleva
Agitada y comprimida
La luz de la vida nueva.

Su alma deslumbra; se exhala
En himnos de amor: su acento
Enciende y alza en el viento,
Que espera entreabierto el ala,
La llama del sentimiento.

En su frente, aún no tostada,
De la humanidad que llora
Brilla la fé redentora:
¡Donde vuela su mirada
Hace surgir una aurora!

No es la luz con que ilumina
La blanca luna, ni el rayo
Que en amoroso desmayo
Resbala por la colija
Bajo las nieblas de mayo:

Es Evangelio sin nombre,
Bajo un relámpago escrito:
Fé y amor: raudal bendito
Que inunda el alma del hombre
Que tiene sed de infinito.

VIII.

Jerusalem, bambolcante
El antiguo Templo erguía,
Donde una fé se estingnía,
Donde iba á surgir radiante

Muda, torva, ardiente, inquieta
Multitud, le fué llenando:
Allá en su mente evocando
El alma de su Profeta
Sobre el Sinái centelleando.

En medio de esa violenta
Marea de afán, de errores,
Circula una voz de amores
Como un aura somnolienta
Con el sueño de las flores:

«Dios es amor: no es el trueno
«Que en pos del rayo retumba;
«Dios es vida: el que sucumba
«Despertará allá en su seno
«Sin el polvo de la tumba.

«Nunca la niebla en su frente
«Lóbrega noche derrama:
«Eterna y vívida llama,
«Dios es la luz: se presiente
«Donde una chispa se inflama.»

IX.

¡Moisés! . . . Su nombre se escucha
Como una ley en los lábios;
«¡Moisés!» . . . pronuncian los sábios,
Y el pueblo anhela la lucha
Para vengar sus agravios.

¿De quién? . . . de un niño! Les mira
Lleno de amor y confianza. . . .
Y la muchedumbre avanza
Sobre él, y ahoga en su ira
El himno de la esperanzal

«¡Blasfemo!—dicen—Escrita
«La ley está. . . Tú has osado
«Negar el Dios revelado,
«Al santo pueblo israelita,
«Sobre el Monte consagrado!»

Una sombra de martirio
Empaña su frente bella:
«Dios ama—dice—una estrella
«—Como ama el humilde lírio
«Donde luce un rayo de ella.

«Astro de amor, foco intenso,
«Irradia un alma encendida:
«Sopla en la tierra dormida
«Y alza entre nubes de incienso
«El hosanna de la vida.»

X.

Muda y suspensa le atiende
La muchedumbre, y no acierta
Por qué en su alma se despierta
Un vago afán, y se enciende
En ella una llama incierta.

Ahl pero nó! . . . El sacerdote
Del culto antiguo, no acata
Su voz: se yergue y desata
El *Testamento*. . . ese doté
De acero, que hiela y mata!
En sus páginas se inspira
El pueblo, y lleno de enojos

Que se inclina. . . que suspira,
Y llora. . . y siente sonrojos.

De Nazareth tendió el vuelo
El *ave azul*, y sonora
Cruzó el Templo. . . Ya no llora:
Sobre su frente hay un velo
De alas, hijas de la aurora.

¡MARÍAL! . . . El pueblo, sombrío
Oyó su voz aterida:
«¡Paso! . . . Ah! dejadme! . . . ¡es mi vida!
«¡Es mi niño! . . . ¡el hijo mío!» . . .
Y le abrazó estremecida.

RAFAEL OBLIGADO.

MESSUN MAGGIOR DOLOR. . .

(Continuacion.)

Ya se había formado al rededor del
carruaje de la desconocida un círculo
que la miraba y cuchicheaba entre sí;
ella había cambiado de postura y parecía
gozar con la fresca brisa que venía mur-
murando entre los árboles. Yo me había
bajado y entregado mi caballo á un *valel*
de pied, para poder pasearme á orillas
del estanque, á cuyo lado opuesto está el
bellísimo jardín del Pré Catalan.

La desconocida dama bajó del carruaje
y se dirigió al bote que conduce al otro
lado; era alta, esbelta y vestía uno de
esos trajes sueltos que revelan la belleza
de las formas. Adivinando su intencion,
me apresuré y bajé al bote un momento
antes que ella, ofreciéndola en seguida
mi mano.

Cincuenta ó sesenta personas contem-
plaban esta escena y yo comprendía que
mas de uno de aquellos jóvenes brillantes
hubiera dado su renta de un mes por
encontrarse en mi posición: si la dama
hubiese comprendido en aquel momento
mi estúpida vanidad, no habría dejado
caer en mi mano la suya sin guante,
blanca y tersa, despues de haberme mi-
rado un instante con cierta intensidad.
Comprendí que muchos iban á bajar al
bote, y dándole un fuerte empuje lo lancé
á cuatro varas, poniendo un luis en la
mano del barquero que se preparaba á
objetar.

La desconocida no hacia caso de mi
presencia y parecía estar abstraída com-
pletamente por la lánguida belleza de la
tarde. El ruido de París se perdía á lo
lejos como un murmullo indefinido; todo

era tranquilidad y paz. Las pequeñas olas rizadas por el aura suave de la tarde, formaban graciosos giros sobre la tersa superficie del lago. La blanca desconocida se habia adormecido reclinada en la popa del botecillo y una de sus manos pendia fuera de él, tocando apénas con sus dedos las aguas cristalinas.

La contemplaba silencioso, admirado de la belleza de aquella mujer: sus lábios parecian moverse imperceptiblemente y un momento oí claras y distintas estas palabras, dichas con una dulzura infinita:

*Un soir, t'en souvient il? Nous voguions en silence:
On n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,
Q' le bruit des rameurs, q' frappaient en cadence
Tes flots harmonieux.*

El bellissimo verso de Lamartine venia como una ráfaga de poesia á uirse á las frescas brisas del lago.

Aquella hermosa mujer, yo, jóven, lleno de vida y entusiasmo, el verso misterioso del amante de Graziella, la hora voluptuosa de la tarde, mi soledad con aquella criatura, me hacian un efecto curioso é inesplicable—No podia comprender cómo no tomaba aquella mano entre las mias y en ardientes palabras dejaba desbordar el torrente de delicias que henchia mi alma. Insensiblemente caí en una especie de éxtasis y mis labios dejaron escapar este verso del poeta del dolor y de la duda eterna:

Point d'amour et des fleurs, et la nuit qui murmure

*Et le vent qui frémit et toute la nature
Qui pâlit de plaisir, qui boit la volupté!*

Poini d'amour et partout l'espectre de l'amour!

Un suspiro cortó mis palabras: la desconocida me miraba intensamente: sus ojos estaban húmedos y su seno palpitaba acelerado.

—Tambien dice Musset, caballero, *pour tant, ils ont aimé!* me dijo con un acento dulce é impregnado de sentimiento.

—Musset, señora, el triste desterrado del mundo del placer, veia la felicidad en todas partes, fuera de su alma y hasta las criaturas mas desgraciadas tienen un momento feliz.

—Felicidad . . . desgracia . . . placer . . . words, words, only words!

—Hamlet soñaba, señora, y Musset sufria!

—Llegamos, dijo en este momento la ruda voz del barquero.

Como el que despierta de un sueño, sacudió la blanca dama su frente nacarada.

Descendimos, y cómo yo dejara ver mi intencion de seguir acompañando á la desconocida, ésta me saludó cortesmente, quedando de pié hasta tanto me encontré lejos de ella. Entonces se internó lentamente en los jardines.

La noche caía, y yo estaba embebido mirando hácia el costado por el que habia desaparecido la blonda criatura.

No volvió.

En vano la esperé hasta entrada la noche; sin duda se habria hecho esperar por el carruaje del lado opuesto del jardin. Cruzé el lago, monté en mi caballo que me esperaba impaciente, y, paso á paso, sumido en un mundo de reflexiones, gané la barrera y de allí mi hotel.

Aquella mujer me atraia: no me perdonaba haberla perdido de vista; soñaba con ella!

Me propuse encontrarla: tomé *l'Entr'acte* y recorrí los anuncios de teatros. En los Italianos, la Patti cantaba la *Sonámbula*, en la Opera, la Sass daba el *Trovador*—Verdi y Bellini!

Oh! esa naturaleza aérea, delicada como un copo de espuma, no puede amar los arranques terribles del autor de *Nabuco*; necesita la poesia suave y misteriosa, impalpable, del dulce poeta del corazon:—á los Italianos, pues.

Llegué tarde, y como no era mi noche de abono, no encontré localidad.—Recordé entonces que un amigo, jóven, hijo de un banquero, tenia un palco por temporada: al entrar á él, noté que el palco contiguo estaba vacío.

Mienten los presentimientos, esas alivianaciones misteriosas del corazon? Oh! jamás me han engañado! En las horas del dolor, siempre han cruzado mi alma, como esas aves de la noche, mensajeras de desgracias, que se pisan en las ruinas, en medio de las tinieblas!

A los cinco minutos de entrar, se abrió la puerta del palco de al lado y mi bella desconocida, dando el brazo á un hombre de cuarenta años, grave y de noble fisonomia, entró sin hacer ruido alguno y silenciosamente se sento en la primera silla dando la espalda al sitio en que me encontraba.

—Qué tiene Vd.? me preguntó mi amigo. Está Vd. pálido como la muerte!

—El cansancio, la fatiga. . . qué sé yo!

Los deseos habian huído de mí: aquella mujer embriagaba mi espíritu.

La Patti estaba cantando como un ángel: su voz melodiosa impregnaba mi alma y en el estado de éxtasis en que me

hallaba, me parecia que estaba viviendo un siglo en un segundo. . . .

Por fin bajó el telon: mi amigo salió del palco y quedé solo. Oia hablar al lado y una curiosidad irresistible me atraia; presté el oido.

—Parte Vd. siempre, Vilda?

—Sí, coronel, parto próximamente;—me ahoga Paris. Voy á Italia.

—Sola como siempre, ó piensa Vd. esperar á Cristian?

Sala; estoy ya tan habituada, que uno de mis mayores placeres es la soledad.

—Y dónde va Vd. directamente?

—Conoce Vd. la Italia, coronel?

—No, Vilda; pienso visitarla próximamente.

—Desde Alá al estrecho de Mesina, aquello es un paraiso—Jamás al entrar á esa tierra bendecida llevo rumbo fijo. Me atrastra el viento. . . .

—Como á la nube. . . .

—O la golondrina.

MIGUEL CANÉ.

(Continuará.)

LA SIMPATIA

A T. M. B.

Nunca he podido explicarme esa sublime afeccion que se llama *simpatia*.

Sucede con frecuencia, que el nombre solo de una persona para nosotros desconocida nos inspira cariño.

Llegamos hasta tratarla familiarmente en la conversacion y la recordamos como á una antigua amiga.

No hemos oido el timbre de su voz, ni visto su rostro, pero nos la imaginamos y solemos decir: *asi debe ser ella*.

Su infortunio, como su prosperidad, nos interesa; averiguamos los menores actos de su vida, y si es bondadosa ¡oh! entonces nuestra simpatia se convierte en adoracion.

La amamos sin saber si ella nos quiere: si despues la tratamos y nos confia su amistad, la idolatramos.

Quien se atreverá á explicar la simpatia de las almas?

Nadie, porque es un misterio.

II.

Yo conozco un jóven, que amaba á una señorita sin conocerla personalmente.

Era una simpatía profunda, la que le profesaba.

Un día, quiso la casualidad—que también se llama destino—que la encontrara en una fotografía.

Ella no reparó en él, pues tenía inclinada la vista sobre un *album*.

Por su parte, el joven miraba distraído los cuadros que adornaban las paredes del establecimiento.

La presencia del fotógrafo, la hizo levantar la cabeza: entonces se apercibió del desconocido.

Sus miradas se encontraron.

Ella sonrió, él se puso *colorado hasta las orejas*, como se dice vulgarmente.

Entablaron conversacion y él le preguntó su nombre. Al cirlo lanzó una exclamacion de asombro y la estrechó la mano con efusion.

Al fin despues de tanto tiempo, encontraba á su ideal, á aquella mujer querida.

Inútil me parece decirlos que se amau con delirio.

Han nacido el uno para el otro!

Nunca jamás se olvidarán, me atrevo á afirmarlo, porque cariños como el que ellos se profesan, sobreviven aun mas allá de la tumba.

Felices los seres que se aman con esa pasion santa, pura, que nace espontánea en el alma y que no pueden extinguir, ni el tiempo ni la posesion.

Cuando les encuentro por la calle tíeramente unidos de la mano, sonrío con tristeza, pensando que hay criaturas dichosas en este mundo y otras que atraviesan el árido desierto de la vida, llevando en el corazon recuerdos y deceptions y no pocas veces ingrátitudes.

III.

La simpatía es la escala que conduce al cielo del amor.

No hablo de esas simpatías que viven lo que las ilusiones, nó; me refiero á esas simpatías que se sienten, pero que no se esplican, atraccion estraña, que liga nuestra existencia á la del ser que nos la inspira y que ni la perfidia ni la traicion, consiguen desterrarlas de nuestras almas.

Por el contrario, cuanto mas martirizados somos, mas queremos.

Porqué? El *porqué* de las cosas nadie lo sabe y no seré yo, ciertamente, la que trate de resolver el problema de la simpatía de las almas.

ETELVINA S. DE MAVILL.

BARCAROLA

—

¡Ven mi perla del mar!—Corta las aguas al impulso del remo la barquilla. . . . y la luz de la luna melancólica riela sus haces en la mar tranquila!

Ven, mi perla del mar! Sobre tu frente todas las luces del amor rutilan, y mi pecho se expande de ternura cuando tus ojos en mis ojos fijas. . . .

Ven mi perla del mar! Himnos de amores nos entonan las aguas y las brisas. . . . y me embriaga de encanto y de ventura el inocente albor de tu mejilla. . . .

¡Ven mi perla del mar! En tu respiro hay mas aroma que en las auras tibias, que conducen estufios matinales sobre el verde vergel de la colinal

Ven mi perla del mar! Entre las olas hay ojos envidiosos que nos miran. . . . Son los *gnomos* que velan silenciosos los misterios del antro donde habitan!

¡Ven, mi perla del mar! Páramo triste y eterno, fuera sin amor la vida. . . . El recuerdo de amor, es el cásis donde las almas templan sus fatigas.

¡Ven mi perla del mar! Amor tan solo es la esencia de Dios. . . . por él se agitan estas ondas que besan los peñascos. . . . por él chispean de placer sus liufas!

¡Ven, mi perla del mar! Aquí, en silencio, tú me podrás contar tus alegrías. . . . ¡Es de noche. . . . la playa está lejana. . . . y con amor la inmensidad nos mira!

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Junio de 1881.

EL COLISEO

—

Estos lugares han oido el murmullo de las naciones apiñadas, el jayl de la conuixeracion ó las estrepitosas aclamaciones, en momentos en que el hombre caia inmolado por el hombre. Y, ¿por qué inmolado? porque tales eran las leyes del circo sangriento y el capricho imperial. . . . ¿Qué importa, si hemos de servir

Ambos no son mas que teatros donde se pudren los principales actores.

Veo al gladiador tendido ante mí; su mano sostiene el peso de su cuerpo; su frente varonil indica que consiente en morir, si bien desprecia el dolor; su cabeza se inclina cada vez mas hácia el suelo; una ancha herida, abierta en su costado, deja escapar una por una las últimas gotas de su saugre, pesadas como las primeras de una lluvia tempestuosa; hé aquí que ya la arena parece dar vueltas en derredor de él!—Ha dejado de vivir antes que haya dejado de resonar el inhumano clamoreo que saluda al mísero vencedor.

Lo ha oido, pero con desden.—Sus ojos acompañaban su corazon, y su corazon estaba muy léjos. No ha echado de menos la vida perdida, la victoria que se le arrebató; sus miradas iban en busca de su pobre cabaña situada en las orillas del Danubio: *alli* jugaban sus tiernos bárbaros, *alli* estaba su madre, la esposa del Dacio; —y él, su padre, ¡degollado para divertir á los Romanos!—Todo eso cruzaba su mente mientras chorreaba su sangrel—¿Quedaré acaso impune su muerte? ¡Godos, alzaos, y venid á saciar vuestro furor!

Pero aquí, donde el homicidio sorbia vapores de saugre; aquí donde la multitud de naciones embarazaba todas las salidas y mugia ó murmuraba como el torrente de las montañas, según brotan ó serpentean sus ondas; aquí, donde millones de Romanos lanzaban con su aprobacion ó vituperio una sentencia de vida ó muerte, juego feroz del populacho, solo se oye en estas altas horas de la noche resonar mi voz;—la débil luz de las estrellas no cae mas que sobre una arena vacia, gradas derruidas, muros hundidos y galerias en que el ruido de mis pisadas es repetido por ecos sonoros.

Ruinas ¡y qué ruinas! con sus despojos construyéronse muros, palacios, casi ciudades; sin embargo, al pasar por delante del enorme esqueleto, preguntase uno lo que pudieron quitarle. ¿Despojaron este recinto, ó solo lo limpiaron? ¡Ay! al acercarse al colosal edificio, es cuando se ve á la destruccion ostentar sus heridas a la vista; no soporta la luz del dia, cuyo brillo es demasiado refulgente para todos los objetos que desvastaron el tiempo y el hombre.

Pero cuando la luna, alcanzando la mas alta de las arcadas, se detiene suave-

ruinas, y la nocturna brisa mece silenciosamente la inmensa guirnalda de yedra que corona los muros parduzcos, así como el laurel en la calva frente del primero de los Césares; cuando brilla en el aire una luz dulce y serena que no ofende la vista, levántanse entónces los muertos en este mágico recinto: héroes han pisado este suelo, y es sobre su ceniza que apoyais vuestra planta.

BYRON.

PLUMADAS

Todo nace; todo vive; todo muere, ha dicho el escritor Joaquin de Ardila.

Desde el sér microscópico hasta los mundos que ruedan en el espacio, y mas allá, hasta los que la mente concibe, todo está sujeto á la misma ley.

La vida es una fuerza; nacer y morir dos transformaciones.

Uno de los hombres mas eminentes del mundo científico moderno, cree que el movimiento es la fuerza única, la creadora y conservadora de todo lo que existe, y que todas las demas fuerzas que advertimos no son mas que transformaciones de aquella; pero lo que puede en rigor afirmar es que la fuerza es una; y tan indestructible como la misma materia; es su alma.

Suprimid una fuerza, é ineludiblemente nacerá otra; es decir, brotará bajo otra forma la fuerza suprimida.

Destruid un movimiento, y resultará calórico; matad un organismo, y otro nuevo le sustituirá.

De modo que en cuanto alcanzan nuestros sentidos y nuestra inteligencia, estamos viendo sin cesar una série de transformaciones.

Partiendo de este principio, no será extraño que haya quien sostenga esta teoría.

En el organismo humano un sentimiento no puede desaparecer sin que otro sentimiento ú otra fuerza lo sustituya; una idea no puede desvanecerse sin que un sentimiento ú otra idea ocupe su lugar; una forma no puede extinguirse sin que aparezca otra.

De estas fuerzas suprimidas, y de estas ideas, nacen las metamórfofis de la vida.

La emulacion, la vanidad, el orgullo, el despecho, los celos, la desgracia y no

pocas veces la bajeza—transforman á un truhan en un hombre importante.

Y no se ria Vd. de lo que digo porque á cada paso tropieza Vd. con bastias humanas, cuya presencia ayer evitaba y hoy les saca el sombrero y les adula por lo que ostentan.

Me dirá Vd. que esa bestia es *Don Fulano de Tal*.

Convenido: su posición la debe á un capricho de la suerte.

¿Qué! No ha visto Vd. á un campesino convertirse en Señor? No ha visto Vd. á un imbécil aclamado como hombre de génio?

No ha visto Vd. á un ignorante que ni su nombre sabe escribir con ortografía, elevado al rango de Senador? No ha visto Vd. á la degradacion arrastrar coche y á los guirrapos de ayer, vestir terciopelo y desplegar un lujo que le deja á Vd. abriendo tumanitos ojos?

Pues todo eso, son metamórfofis que tiene Vd. que aguantar, sino quiere Vd. vivir en un desierto.

Un amor desgraciado, un ultraje, convierten á un ser pusilánime en un héroe.

La audacia y el cinismo, producen tambien metamórfofis asombrosas.

Un bribon se convierte de la mañana á la noche en una persona decente, para ello solo ha bastado una recomendacion.

El *premio gordo*, un casamiento, la herencia de un tio, y la *carpeta* hacen de los mayores crápulas, ciudadanos muy distinguidos.

Estas son cosas que todos los dias las vemos y que á nadie toman de sorpresa, y sin embargo, cuando vemos á un patán transformado en caballero solemos decir: pero hombre, que cambio ha sufrido Zutano, si ya no es el mismo, vea Vd. lo que puede el dinero!

Y tiene mucha razon el que así discurre por que la plata transforma en figurin al que ayer era mozo de cordel.

Desde que he visto al *comerciante de viejo* de la cuadra de mi casa, *cechar* galea y calzar guante, me estoy tomieudo que el dia menos pensado, me encuentre á mi lavandera de sombrero y dándose un corte como una de tantas ciudadanas al uso!

Siendo las metamórfofis las que producen los cambios de posición y la manera de ser del individuo, no será extraño que mañana ó pasado, yo, *aprendiza de literata*, me transforme en escritora de nombre y Vd. y el de mas allá me aplaudan como autora.

Y cuidadod! Que mi metamórfofis solo

herá daño al sentido comun, lo cual es una manera inocente de mortificar al prógimo, no lo niego, pero hay otras metamórfofis que merecen el presidio y no pocas el inanicomiol

* * *

Colgada del brazo de mi íntima de correrias y travesuras, me lancé por esas calles de Dios, el Domingo, con la sana intencion de adquirir datos para mi crónica.

Cuántas ciudadanas estravagantemente vestidas encontramos por la calle!

Cuantos rostros soberanamente revocados pisamos!

Estela que es una muchacha burlona como pocas, se reia á carcajadas de ciertos gorros hechos de retazos de género; por ejemplo, el gerro de Rosario R. . . me hizo perder mi seriedad. Será todo lo bonito que ella quiera, pero. . . le sienta muy mal.

Al doblar por la calle de Paraguay, vimos á la distinguida señorita de Rodriguez que nos saludó con su mas amable sonrisa.

—Es una muchacha encantadora, me dijo mi cólega.

—Sí, tanto como Isabel Hernandez, el tormento de Leopoldo C. . .

—Haces mal en darle bromas, ya sabes lo que dijo la otra noche.

—En todo caso, con quien se enfadará será con su linda prima V. M., que fué la que me contó que estaba de nóvia.

—Sabrás que José Maria E. Zuviria ha olvidado á su Laura.

—Es posible! Ese muchacho es un tenorio!

—Isabel Z. . . ha conquistado su corazón.

—Rodolfo M. se nos casa muy pronto con la bella señorita de Castro.

—Cuando se dirá igual cosa del buen mozo de Arturo.

Llegamos á la calle de Libertad.

—Mira, *Luciernaga*, que hermosa está hoy la señorita de Basavillaso.

—Es una rubia divina, angelical.

Conversando sobre lo que habiamos visto, llegamos á nuestra modesta casita de la calle de Cerrito.

Me despedí de mi inseparable, quedando citadas para el Domingo próximo.

* * *

La novela *Los últimos momentos de Bellini*, de nuestra noble amiga la señora de Sagasta, está huciendo furor entre las personas amantes á las bellas letradas.

Es verdaderamente notable esa producción.

La señora de Sagasta es una escritora de imaginación, como Fernán Caballero.

Las descripciones de sus cuadros, son pinceladas maestras.

No nos cansaremos de repetir, que la señora Gorriti y Josefina, son las únicas escritoras de mérito que tenemos.

* * *

Con el título *Remordimiento*, nuestro distinguido amigo, el poeta Martinto, ha escrito un magnífico poema que publicará en breve.

Es un trabajo de largo aliento, que hace honor á su joven autor.

* * *

También, nuestra querida amiga la señora de Sagasta, publicará su obra inédita *Facundo Heredia*. Hemos oído leer algunos capítulos á su autora y podemos asegurar que la aparición de *Facundo Heredia* hará revolución en el mundo de la literatura.

Así que vea la luz pública, nos ocuparemos de la novela *Facundo Heredia*.

* * *

Señor Director, señoritas, hasta la vista.

LUCIERNAGA.

Junio de 1881.

ARCO-IRIS

—Buenas tardes, Sr. Juan.

—Hola, Muruja, ¿qué se ofrece?

—Vengo á que le escriba Vd. una carta á mi hermano, que es sacristán de mi pueblo.

—Bueno, ¿hace carrera por la iglesia?

—Si señor.

—¿Y qué quieres decirle?

—Que haga el favor de enviarme dos duros á cuenta de la casa, pero es necesario que le escriba Vd. muy alto.

—¿Cómo muy alto?

—Toma, porque si no, como es tan sordo, no lo entenderá.

* * *

Un obispo muy rico, hallándose en el pueblo de un párroco muy pobre, decía:

—¿Tiene Vd. mucha suerte, muchachito? ¿Qué curato tan excelentel? ¿Hay nada

mas delicioso que los puros aires que aquí se respiran?

—¡Ahl sí señor, replicó el cura; si uno pudiera manteverse del aire, no trocaba yo mi curato por nada del mundo.

* * *

Un mudo pedía limosna; un transeunte le dió dos cuartos y le preguntó:

—¿Eres mudo de nacimiento?

—No señor, de un susto, dijo el mudo.

—¡Pobrecillo! exclamó el transeunte, y siguió su camino.

* * *

EPÍGRAMAS

Juan se batió con Ernesto
Y el ojo izquierdo perdió;
El honor quedó en su puesto,
Pero el ojo de Juan, no.

El mastuerzo de Canuto
Un hijo tiene estudiante;
El dice que es un diamante,
Y añaden otros: *en bruto*.

* * *

Un caballero que no tenía fama de ser muy limpio, regaló á su criado una levita.

El criado se negó á ponérsela.

—¿Por qué?

—Va Vd. á saberlo.

—Suplico á Vd., dijo el criado, que vuelva á tomar la levita que me ha regalado.

—¿Por qué, hombre?

—Yo sé lo que debo á un amo como Vd.

—No me debes nada, al contrario, yo te debo. . .

—Nada.

—¿Cómo?

—Pues bien: sepa Vd. que un criado que se respeta debe procurar que la gente no le confunda con su amo.

—Es verdad.

—Pues bien: como la levita que me regala está tan vieja y sucia, en cuanto me la ponga, me tomarán por Vd.

* * *

Habiendo llegado á una posada cierto viajero una noche que hacia temer la repetición del diluvio universal, se puso á la lumbre con el objeto de secarse, y no se hubiera apartado de ella á no ser por la posadera, que le dijo:

—Caballero, advierto á Vd. que se vá á quemar las espuelas.

—¿Las espuelas? . . . Querrá Vd. decir las botas.

—Señor, las botas están ya quemadas.

CRONICA DE LA SEMANA

LO AGRADECEMOS

El director de este semanario ha recibido un interesante libro que contiene los mejores trabajos en prosa y verso del conocido y galano escritor Carlos M. de Egozcue.

A nombre del señor Mendez, agradecemos al distinguido poeta español su valioso obsequio.

NOVELA

Recomendamos la lectura de «Los últimos momentos de Bellini,» interesante novela que la señora de Sagasta ha escrito espresamente para este semanario y que en el número anterior hemos empezado á publicar.

Es un trabajo de mérito, que agradecemos, y por el cual felicitamos á su autora.

FALTA DE ESPACIO

Por falta de espacio retiramos, compuesta ya, la mayor parte de la «Crónica de la semana.»

ADMINISTRACION

A NUESTROS AGENTES

En nombre de todos los sentimientos del deber y de la honradez, nos dirigimos á aquellos agentes á quienes hemos escrito encargándoles la necesidad que esta Administración tiene de recibir los saldos que adeudan, pidiéndoles se dignen contestar nuestras cartas á la mayor brevedad posible.

A los señores Ernesto C. Perez (hijo) y Manuel Reyes, se les pide abonen lo que adeudan á la Administración de este periódico.

A los Sres. Ramon J. Lassaga, José Llan de Rosas, Benjamin Olivares y Máximo Ojeda, se les ruega arreglen las cuentas que tienen pendientes con la Administración de «El Album del Hogar.»

A los estafadores, Amalio Reyes de la Luz, Esteban Mendizabal de Juarez, Alejo Ferreira del Pergamino y Floro G. Morel de Chivilcoy, se les pide manden el dinero que retienen indebidamente en su poder, proveniente de suscripción á este periódico.

El Administrador.

SECCION DE AVISOS

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del «Porteño,» entre San Martín y Florida.

Dureabilidad, claridad en su impresión y baratura.



Planchas para marcar toda clase de ropa

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del «Porteño,» entre San Martín y Florida.

A LAS FAMILIAS

AL PÚBLICO EN GENERAL

Llevamos al conocimiento del público que desde esta fecha ofrecemos en venta en la calle Colon 257, los siguientes específicos de nuestro exclusivo invento.

Agua para sacar manchas en toda clase de telas.

Preparación para limpiar toda clase de metales.

Polvos inmejorables para limpiar los dientes.

Prevenimos igualmente que estos tres artículos se venderán en un solo lote que contendrá una hoja impresa donde se explica la manera como debe usarse cada uno de ellos.

Guillermo Quiroga y Ca.

JACOBA S. DE BUSTOS

PARTERA APROBADA

Ofrece al público sus servicios profesionales.

646—Calle Santa-Fé—646

IMPRENTA COLON

DE JUAN CORONADO E HIJOS

623—CÓRDOBA—623

(Escritorio Central: San Martín 18)

Libros, Periódicos, Folletos, Circulares, Facturas, Precios Corrientes, Conocimientos, Manifiestos de Adnana, Etiquetas, Papeletas, Programas, Diplomas, Memorandums, Targetas de todas clases y tamaños, Carteles, Libretas talonarias para Barracas y Almacenes, etc., etc.

LA AFRICANA

TIENDA Y MERCERIA

DE RAMON DE LA PUENTE

Santa-Fé y Garantías

Gran surtido de ropa blanca para hombres y niños.

Especialidad en pañoletas de lana y felpa, á precios módicos.

Surtido de calzado para señoras y niños, y un variado y completo surtido en artículos del ramo.

POESIAS LIRICAS

de

DOMINGO D. MARTINTO

(Igon Hermanos editores)

Se venden en la Librería del Colegio y en la Administración de este periódico, á 10 pesos el ejemplar.

LA BIBLIOTECA POPULAR

DE BUENOS AIRES

Dirigida

por MIGUEL NAVARRO VIOLA

Un tomo de 250 páginas cada mes. Suscripción mensual 15 pesos mje. Mai-pú 24.

DE TABACO HABANO

En la calle Uruguay, núm. 508, se venden cigarrillos de tabaco habano, elaborados por G. Mendez.

TIENDA "LA COQUETA"

SANTA-FÉ 607—ENTRE CALLAO Y GARANTIAS

Desde esta fecha ofrecemos al público los siguientes artículos en venta:

Ricos bombasies labrados á 10, 12 y 15 \$ vara. id lisos desde 4 hasta 8 \$ v. Tartanes para vestidos y batones á 8, 10 y 12 \$ v. id algodón á 5 \$ v. Franelas blancas, amarillas y punzó á 12, 16 y 18 \$ v. Ricas crestonas para forro de muebles, gustos de última novedad á 7 \$ v. Lustrinas negras y de colores de 4 hasta 20 \$ v. Flecos con canutillos propios para tapados á 12, 16, 18 y 20 \$ v. Cuellos de hilo para señoras á 5 \$ uno. Corsés finos ballena ancha y un variado y completo surtido en artículos del ramo de tienda, mercería y perfumería, á precios lo mas equitativos—adecuados á la época de competencia por que atravesamos.

Santa-Fé 607 entre Callao y Garantías.

BOTICA SANTA-FE

de

SILVESTRE ROSENDE

Calle Santa-Fé 647 entre Callao y Rio Bamba.

DESPACHO NOCTURNO

«GRANJA MODELO ARGENTINO»

CALLE JUNCAL ESQUINA LARREA

A los dueños de Hoteles, Cafés, Fondas, etc. y á las familias, se les avisa que en el «Gallinero Modelo Argentino», encontrarán toda clase de aves y especialmente gallinas, pollos y huevos frescos.

Los pedidos se reciben á cualquier hora del día, en el mencionado local.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, JUNIO 19 DE 1881.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE BELLINI

Novela original de Josefina Pelliza de Sagasta

Dedicada á la escritora argentina

Matilde Elena Wili y escrita

espresamente para *El Album del Hogar*.

(Continuacion.)

Adriana de pálida se tornó lívida: su corazon latió hasta ahogar su voz en la garganta. ¡Yol pudo articular.

—Sí, prosiguió el enlutado, tú, pero vestida como fuiste aquella noche al teatro, con la corona roja y el cabello suelto.

—A alguien le habré parecido bien, balbuceó la jóven repuesta un tanto de su primera emocion.

—No, para llevar á cabo esa obra maestra que haria la gloria de cualquier artista del mundo, es necesario que el pintor haya estado poseido de un amor desesperado, ó que sea el mismo Luzbel.

—¿Y conoceis al autor, tio?

—Voy á decirte: toda la concurrencia fué poco á poco disipándose y yo solo abismado en tu hermosura quedé allí de pié creyendo soñar, no me convenia de que fuera solo una pintura. Llegó mi cabeza á trastornarse de tal modo que llevé la mano al lieazo y palpé tu retrato creyéndome juguete de una ilusion. Alguien golpeó mi hombro, y, al propio tiempo, una voz fresca y suave me dijo en son de burla. ¿Os parece viva, eh? Volvíme y vi á mi lado á un jóven muy bello que se sonreia de mi accion sin duda. Os juro, le contesté, que es una pintura admirable. ¿Conoceis el original? preguntóme. Nó, le respondí, pero aun cuando no fuera mas que un capricho de artista, es tan divina esa cabeza, hay

tanta maestria en el pincel que, si su dueño quisiera venderlo, á cualquier precio, yo lo adquiriria. Su autor es muy pobre y creo que no desea otra cosa, contestóme el jóven. ¿Vos le conoceis, le pregunté? Soy su mejor amigo, me dijo, si teneis interés en la pintura, yo puedo arreglaros el negocio,—cuanto ofreceriais por él? Lo que pidais, siempre que no sea un desatino, contestéle. Venid, dijo, vamos á su habitacion. Caminamos algunas cuadras y mi jóven conductor me hizo subir la escalera de una casa antigua: en la segunda galeria se detuvo: esperad aquí, me dijo, y desapareció; á pocos instantes bajó acompañado de otro jóven pálido, endeble, de hundidos y azules ojos, y de mirada melancólica.

Éste señor, dijo, designándome al jóven pálido, es el autor de la obra que tanto os interesa, se llama Raynaldo Lenzini; me incliné, mientras él decíame, os gusta la pintura? Sin duda, y lo habeis copiado del natural? .Oh! nó, es un capricho; pinto para ganar el sustento y pinté esa bella cabeza como hubiera pintado cualquier otra cosa. Pues si quereis vendérmela, os la compro.—Ofreced. Diez mil pesos, dije. Aceptado, francamente, agregó, que no creía sacar tanta ventaja de una pobre pintura. Saqué mi cartera y contando los billetes, se los entregué. El cuadro es vuestro, me dijo, cuando quereis llevarlo? Mañana, le contesté; acondicionádmelo de manera que no raya á estropearse. Si quereis que yo os lo lleve, indicadme vuestra casa, me dijo el jóven que me llevara á casa del pintor. Si os fuera posible. . . .pero mi casa es lejos, estoy á tres leguas de Buenos Aires. No importa, contestóme, os lo llevaré, os lo llevaré, no quiero que el cuadro se estropee. Dile las señas de esta quinta y mañana estará aquí tu admirable retrato.

—Es singular! murmuró la jóven pensativa.

—El qué encuentras singular?

—Todo lo que me contais tio.

—Sin duda! tiene algo de misterioso.

La jóven abismada en un mundo de pensamientos ni siquiera oyó la voz de su tio que se despedia hasta el dia siguiente. . . .quedó sola y abriendo su corazon á mil rosadas ilusiones se durmió pensando en Raynaldo Lenzini.

Capítulo IV.

LA CARTA

A la mañana siguiente, Adriana, mas temprano que de costumbre, bajó al jardin; sus mejillas pálidas, habíanse coloreado ténueamente: su corazon latia de una manera ansiosa, y sus grandes ojos húmedos de pasion, aparecian rodeados por una sombra oscura que prestábele mayor encanto. Todo aquel dia, Adriana sentada frente al balcon, lo pasó divisoando el camino, creyendo distinguir á cada momento un carruaje que debia conducir su retrato y algo mas que ella no podia explicarse. El dia pasó y ni el retrato vino, ni vino su tio. Esto no era extraño, pues faltaba con frecuencia.

Qué habrá sucedido! decia la jóven friste y despechada, esto es extraño; y ya siu ninguna ilusion de las muchas que esmaltaron su sueño en la noche anterior, vió caer la tarde y salir la luna brillando como nunca.

Las once sonaron en un salon bajo, y Adriana, abriendo el balcon, fijó sus ojos en su única amiga: la luna.

Raynaldo Lenzini, repitió en voz alta, y como si respondiera con aquel nombre á una aspiracion desconocida hasta entonces en su alma.

En aquel silencio solemne, de pronto hirió el oido y el alma de Adriana la voz dulcísima y vibrante de frescura y emocion, de un bajo tenor.

El cantor nocturno repetia lo mismo que la Grange cantara: un sentimiento infinito brotaba en cada nota, arraucando con maestria tieruas ondulaciones á la divina música.

El ruido de una barca y los remos al hendir las tranquilas aguas, sintióse bajo el balcon, y la jóven, inclinando su cuerpo, Lenzini! gritó.

Adriana dijo una voz dulcísima desde la barca.—¿Me olvidareis?

—Jamás, contestó la jóven.

El de la barca se puso de pié: la luna daba de lleno sobre ambos, y el pintor y Adriana se contemplaron estáticos.

Un pañuelo con un pequeño nudo en la punta cayó á los piés de la jóven; ésta lo alzó: un perfume embriagador impregnó su seno, al guardarlo allí.

—Adios, dijo Raynaldo.

—Adios, repitió Adriana y la barca se alejó.

La jóven siguió con los ojos la blanca espuma que dejaba en su marcha el esquife y cuando volviendo una pequeña punta de tierra que se internaba en el agua perdiése de vista, la jóven cerró el balcon, besó repetidas veces el pañuelo, y desatando el nudo cayó un papel; entonces se acercó á la luz, era una carta: temblando leyó en voz baja, repitiendo cada frase, cual si quisiera grabarlo, una á una en su memoria.

(Continuará.)

Junio de 1881

CRÓNICA

—Ya le digo á Vd., la ópera que me ha parecido mejor interpretada por la compañía de Colon es la *Africana*; *Polito* lo han dado regularmente y el *Baile de Máscaras* ha dejado mucho que desear.

—Es cierto, el domingo estuve en ese teatro á oír *Roberto el Diablo* y me he convencido de lo que Vd. dice; la compañía es mediocre y nada mas, pero esto no obsta que la concurrencia sea numerosa casi todas las noches de funcion.

—Ha estado Vd. en el Politeama?

—Sí, he visto á Gemma en *Márió y María*, que está sublime, pero encuentro muy sensible que el resto de la compañía no sea digno de ella. La Cuniberti debía estar rodeada de actores dramáticos como los que hemos tenido últimamente en el teatro de la Opera, que como Vd. sabe son excelentes.

—Luisa!—me interrumpió mi hermanito Geremias, que habia permanecido largo rato pensativo mirando las azuladas llamas del carbon de luz que ardia en la chimenea.

—Que quieres? le pregunté.

—Dime, continuó con curiosidad, fijando en mí sus grandes ojos, ¿por qué nos

hablan en la escuela de tantas cosas... de naturaleza, patria, amor, virtud que quieren decir esas palabras, Luisita?

—Que le parece á Vd. esta pregunta Romuar? dije a mi amigo, que se encontraba presente.

—Me parece, contestó, encerrando entre sus palmas la cabecita de Geremias, que es una pregunta muy natural en un hombre de cinco años cuya inteligencia infantil se resiste á tanta explicacion amontonada. Yo me imagino que es una insensatez querer infundir ciertos conocimientos en una edad tan temprana. La patria para el niño es toda la tierra. Allí donde hay un pájaro que canta, una fuente que corre ó un árbol que da sombra, allí va él con sus alegrías y sus juegos y en todas partes goza su alma. Nunca piensa en la muerte, jamas le cruza la idea que el cielo se ha de oscurecer para sus ojos. De manera que se imagina igual felicidad en toda la tierra que bujo el techo de sus padres. La virtud no la comprende porque no ha tenido nunca pasiones que vencer. ¿Qué es la virtud para el que viene al mundo creyendo en el amor de cuantos le rodean y confiando en los besos de cuantos le acarician? El amor no lo comprende tampoco porque para él no es el incendio de las almas, ni la tempestad en el corazón, sino el suave resplandor de la aurora y la tranquilidad de la ola que corre siempre igual entre las flores.

Todas las pasiones y virtudes le son desconocidas, así es que no puede comprender la historia. Aprende por obligacion y repite por rutina. Con esto no se consigue mas que cansarlo y poner una valla á las alas de su imaginacion.

Tengo la creencia que la primera educacion debe recibirla el niño en el hogar, hasta que el tiempo despierte su inteligencia para comprender las lecciones del maestro y los años vengan á hacerle mas simpáticas aquellas cuatro paredes de la escuela que tan tristes son en la niñez.

—Ay, que suertel Yo voy á decirle á mamá que me saque de la escuela, dijo Geremias, que habia comprendido muy bien lo que era mas de su agrado.

Salió el niño saltando en un pié y Romuar riendo tomó las tenazas y las hincó en el carbon.

—Hace Vd. bien, le dije, atice el fuego que para nosotros será el trabajo de apagarlo.—Y sabe Vd, mi amigo, que hay un arcoirista que le gusta el invierno

no cuando hace calor y el verano cuando hace frio?

—Eso me hace creer que es un arcoirista verdaderamente sensato.

—Pues yo encuentro mas sensato al que le gusta en el invierno un dia frio, con sol y tiempo seco.

LUISA.

Junio 14 de 1881.

A ANITA SOLER

Sabia que en el cielo de tu frente,
Enredado en tu oscura cabellera,
Un gajo de laurel reverdecia
Al sol de tus ideas.

Sabia que la rosa de tus lábios,
Ese nido de aromas y de perlas,
Exhalaba cadencias de ternura,
En perfumes envueltas.

Sabia que en la lira de tu alma,
Suave como la flor de la violeta,
Vibraban sentimientos como estrofas
De celeste poema.

Pero solo despues de conocerte
Y bañarme en la luz de tu belleza,
He sabido que encuentra sobre el mundo
Su ideal el poétal

G. MENDEZ.

ARCO-IRIS

El invierno, esta vez, ha coincidido en su glacial aparicion, con un celo demasiado laudable por los progresos de la ciencia.

El nao está sereno.

La mas científica se desliza como una ondina rizando las volubles y azuladas ondas. Tibias brisas, perfumadas en los vergeles de la orilla, impulsan suavemente su velamen.

¿Quién duda de su arribo próximo á puerto de verdad?

Jóvenes pero avezados son sus pilotos.

Ellos llevan la fé de los que quedan en la rada.

¿Habrá algun escéptico osado que ponga límites á las risueñas y grandes esperanzas que bullen en todos los corazones?

A fé, que no será el nieto de mi abuela (que decir el hijo de mi madre es cosa ya muy vieja.)

Por el contrario,—yo conjuro animosamente los gnomos de las cavernas, las colas de las vacas como el brahmina antiguo, y las brujas montadas en palos de escoba, para que protejan con sus hechizos y poder, á los que entre nosotros han comenzado el árduo apostolado de la ciencia marcando nuevos y luminosos derroteros al pensamiento universal.

Decir ahora, que lo merecen, sería repetir una cosa que está en la conciencia de todos.

El campo de la investigacion, ó por mejor decir, de la emulacion, se llama *antropología*, palabra algo rara y que ni ellos, ni mis lectores, y tampoco yo, entendemos.

Precisamente por esto; es decir, porque vamos á chariar de asuntos que no entendemos, nos encontramos ya, lector discreto, por arte de birlibirloque, y sin que lo hayas notado, en pleno dominio de las ciencias biológicas y en la parte donde sus destellos son mas vívidos, prístinos y flamígeros.

Recuerda tú que lees á ayes esta mi perorata, que ya una vez héte dejado patidifuso con la palabra *antropología*; piensa ahora que al escribirla me he puesto mas sério que un burro y... si con esto no, cúmpiezas á tenerme respeto, prometo hacerte caer de espaldas (salvo que me leas acosado) espetándote un turbion de tecnicismos científicos, clásicos, rotundos y mas vacíos que mis bolsillos.

Cada oficio, cada arte ó ciencia, tiene su fraseología ó bambolla especial.

Así, un tendero de la calle de Artes es exactamente igual á otro tendero del Japon.

Ambos dirán al marchante que le pide rebaja:—«Nos cuesta mas.» O bien:—«Se lo damos al precio de fábrica»; y luego de quedar suspenso el marchante ó al primer movimiento, que de indicios que va á retirarse:—«¿Otra cosa?» y finalmente responde si no tiene lo que se le pide:—«La semana que viene vamos á recibir sin falta.»

La medicina teórica tiene sus hipótesis traídas de los cabellos, si es que las hipótesis no son como pintan á la ocasion, aunque jamás la he visto *pintada* no obs-

tante de pertenecer la ocasion al género femenino.

La medicina empírica tiene sus mil *malaquitas* y otros cien mil Enault, *equivoquis equivoquitis* que por sacar la muela sacan un lado de la cara.

Y toda esta maraña descansando en la base efímera de un palabreo insustancial como puchero de pobres.

La ciencia constitucional tiene los conocidos derivados de «la libertad en el orden» que atañe al magistrado y «el orden en la libertad» que corresponde al demagogo.

Así tambien, los jóvenes representantes de la naciente ciencia en la República Argentina han lanzado á todos los vientos su palabra de combate: *Antropología*, han dicho.

¿Han dicho *antropología*?

Lo recuerdo y no lo creo.

¡Jóvenes heroicos y sublimes!

Y lo mas singular del caso, es que despues de ese gran esfuerzo no han perecido como Sanson y se conservan gorditos y gozando una salud arzobispal.

¡Qué honor para nuestra tierra en poder contarlos como hijos suyos!

• Descendientes de San Martin y de Belgrano, que cunda vuestro entusiasmo desde el cerebello hasta el coxis para que se espanda vuestro orgullo nacional satisfecho!

El cerebro es un manicomio. Tiene celdas como todos los institutos para dementes. Los pensamientos son los locos y la direccion la ejerce un matrimonio que jamas ha pensado en el divorcio,—el orgullo y la vanidad.

Estas ideas envuelven mi alma como la atmósfera al planeta terrestre. Si se tiene en cuenta que no soy un hipócrita, se verá que soy consecuente con mi modo de pensar, no pintarrajeando jamás á mis locos, es decir, á mis pensamientos, con afeites de cómicos de la legua, que les den un aire de «personas formales.»

En el presente caso, por ejemplo, yo podría haber hilvanado un artículo sério de esos que no se leen pero dan fama, y haberme dado corte de escritor circunspeto, erudito y de campanillas, porque cuando el que sabe escribir está de buen humor, convierte el estilo en blanda cera que se amolda á todas las formas y giros del lenguaje.

Pero cada cosa en su lugar: la circunspeccion de los que disfrazan con la máscara del respeto sus almas de rayases; la

erudicion en las bibliotecas, y las campanillas en el tren de los fútuos ó en las mulas de los tramways.

Las inteligencias superiores, que alienan en las cumbres del pensamiento—alturas donde tambien se sienten reyertas domésticas, dolores de barriga y rabetas porque el boton de la camisa no juega cómodamente en el ojal—me fulminarán con sus desprecios, empero, firme yo en mis trece, seguiré creyendo que ninguna de las cosas que ellos hacen pasar por serias lo sean efectivamente.

En el número de estas cosas serias se cuenta la *antropología*.

Me propongo darle un buen tiron de orejas, porque las tiene demasiado largas y dejar probado, siquiera una vez al menos, que con toda clase de prefacios puede entrarse de lleno á dilucidar las mas peregrinas cuestiones que destornillan al pobre cerebro humano.

Bien dicen, que por todas partes se vá á Roma. Pero aparte de esto,—aunque haya hablado hasta aquí de bueyes perdidos y niños muertos, estoy firmemente convencido que no he salvado los límites del método y la lógica usados por los antropólogos. Ademas no sería caballescoco buscar armas ventajosas.

Para contrarestar á un sable mocho se le pide á Ambrosio por un momento su lejeendaria carabina.

Sería cosa de no concluir si empezaso á enumerar todos los problemas que pretende resolver la *antropología*.

Atiudamente se le puede aplicar el conocido refran de que quien mucho abarca poco aprieta.

Quiere estar en todas partes y no está en ninguna.

No podría decir que la *antropología* estralimita sus límites porque no los tiene.

Esta titulada ciencia pretende por la arqueología, la numismática y otras yerbas, reconstruir la Historia de las edades antiguas.

Ejemplo al caso.

So creia, por algunos aficionados á cosas inútiles, que existia un vacío grandísimo entre la sexta y la décima dinastia del antiguo Egipto.

No hago mucho, un sábio ha descubier-to interpretando las pirámides, los obeliscos, los sepulcros de las momias, y mas que todo esto su viva imaginacion francesa, que ese claro histórico no existe.

Pasará un poco de tiempo y la Historia Antigua así reconstruida será aceptada por todos y... seguirá siendo tan verdadera como antes porque los primeros his-

toriadore—Herodoto, Diodoro de Sicilia y Eratóstenes—al hablar del Egipto no conciertan en un solo punto y se contradicen en todos.

Pero vengamos á la utilidad que entraña este descubrimiento arqueológico.

¿Qué puede ganar la Historia inscribiendo en sus páginas de suyo oscuras unos cuantos problemáticos nombres mas?

¿Puede la arqueología revelarnos las causas de la decadencia de los pueblos y de las enfermedades políticas y sociales que los precipitan prematuramente á la tumba, borrando su huella hasta en la memoria de la posteridad?

Bahl No se preparan las ideas para que fructifique la verdad con lluvia de hipótesis y erudiciones de tres al cuarto.

Por lo que á mi humilde parecer respecta, reputo el descubrimiento citado, tan interesante para las ulteriores aplicaciones de la Historia á la marcha de las sociedades, como si de aqui veinte siglos un arqueólogo argentino consiguiera que un pedazo de «charque» petrificado le revelara que en la Blanca Grande gobernó Pincen y no Namuncurá.

La división del trabajo es la mano derecha del progreso.

Desde que la economía política metodizó esta verdad tan útil y tan grande, todos la acataron reconociendo su bondad suma.

Desde entonces, las ciencias, las artes y las tres grandes industrias—agrícola, manufacturera y comercial,—sintieron como que nueva sangre corría por sus organismos estenuados, y desde entonces, también, el noble afán del pensamiento humano encontró el hilo de Ariadna para conducirse en la noche de su ignorancia.

Los fac-totum, que siéndolo no alcanzaban á llenar sus necesidades, emigraron para ceder el puesto á los especialistas, que no haciendo mas que una sola cosa, vivieron, merced al cambio, llenos de comodidades y en la abundancia.

Así todo mejoró y todo fué mejor hecho.

Podía traer mil ejemplos en corroboración de estas conclusiones, pero son tan conocidas y tan vulgares, que sería hacerle ofensa al lector insistiendo de manera tan pesada.

Es por esto que me concretaré á un solo ejemplo.

¿Cómo estaban constituidos los conocimientos humanos en su infancia?

No formaban mas que un solo grupo.

La filosofía lo abarcaba todo y el que se dedicaba á su estudio pretendía ser una enciclopedia ambulante.

En efecto, el filósofo era á un mismo tiempo astrónomo, médico, legislador, músico, retórico, abogado, veterinario, maestro de baile, cocinero, etc, etc, y cómo quien mucho abarca poco aprieta, ignoraba que la tierra gira al rededor del sol, que la sangre circula y... así en los demás casos, incluso las etcéteras.

La ignorancia es un gigante, pero un solo gigante. Parcialmente puede vencer á todos los hombres uno á uno. Pero atacándola estos, unidos y por diferentes lados, la ignorancia tiene que retroceder.

Y así ha sucedido, en efecto, porque esta es la historia de las valiosas conquistas del pensamiento humano.

El maquiavélico consejo de *dividir para reinar* puede ofrecerse como lema de la ciencia sin temor de despertar, esta vez, desconfianzas en los pueblos.

No obstante la sanción universal que han recibido tan sanas y progresistas ideas, á mediados de este glorioso siglo de las luces, en que tantos andan á oscuras, se levantó un grupo de individuos inventando una nueva ciencia que bautizaron con el nombre de *antropología*.

Oigamos como la define uno de sus mas conspicuos representantes.

Dice el Doctor Topinard, siguiendo las huellas de Broca, de quién era discípulo, que la antropología se propone el estudio del hombre en todas las manifestaciones de su actividad, y como para considerarlo moral y físicamente se necesita todo el material científico acumulado por las edades, el antropólogo se erige desde luego en maestro Ciruela y pretende que todas las ramas del saber lo están subordinadas.

Fuera de la antropología no hay nada.

La anatomía, la fisiología, la política, la geografía, las artes, la filosofía, en una palabra, todos los conocimientos humanos son de su resorte.

Como se vé, la antropología, nos hace retrogradar á la infancia de la ciencia.

Fundado en estos argumentos discretos é incontrovertibles digo y sostengo que no es, no ha sido, ni será jamás una ciencia.

Sin embargo, esto no implica que des-

conozca conocimientos especiales muy recomendables en varios de sus representantes, pero siempre que se me vengán en las albardas con el título de *antropólogos* me reiré de ellos y los tendré en el concepto de unos dulcamaras.

La materia es vasta y corto el espacio de que dispongo.

Otro día descenderé á la crítica de detalle donde se presentan cuestiones interesantes.

Ahora, para concluir, quiero consignar unas palabras de estímulo, tanto para paliar lo fuerte de la rociada, como para no cargar con el remordimiento de haber desalentado á algun pichon de génio.

Jamás me perdonaría haber arrojado una piedra en el camino de «una esperanza de la patria.»

Como la enmienda no salga peor que el soneto. . .

—Jóven antropólogo, ¿dónde vas?

—A buscar la uña del dedo meñique de nuestro padre Adán.

—Qué tus armas sean benditas, jóven antropólogo, en el altar de las cosas inútiles.

¡SIN CORAZON!

En una noche de baile
cambiamos el corazon;
lléveme el suyo en el pecho,
y ella el mio se llevó.

Ausentes,—de tal tesoro
nos olvidamos los dos,—
lo perdimos,—y de entonces
vivimos sin corazon!

E. E. RIVAROLA.

Junio de 1881.

NECROLOGIA

Hoy hacen ocho dias que una existencia útil y bella se desprendió de la escena de la vida para envolverse en el profundo misterio de la muerte: el jóven Dr. D. Enrique Sanchez.

Cada vez que una de esas esperanzas se ausenta del mundo, un extraño desencanto se apodera del espíritu: se les ve partir, perderse en las brumas de un horizonte lejano, desconocido, de donde no volverán jamás, y el pensamiento absorto queda al borde de su sepulcro sin acertar á esplicarse como puede haber un poder tan sobrehumano, tan invencible, que arranque á la sociedad y al hogar seres que parecían destinados á ejercer tanto bien sobre la tierra, y á brillar en medio de sus semejantes con la doble aureola que prestan el talento y la virtud.

El Dr. Sanchez pertenecía al número de aquellos que han recibido como un don del cielo el instinto elevado de lo bueno y el tacto esquisito de lo bello; la grandeza de su alma y la lucidez de su inteligencia se reflejaban en su frente pálida y serena, como un cielo azul en la superficie de un lago en calma.

Noble y sincero por naturaleza, arrogante y altivo por convicción, como todo aquel que en medio de las luchas de la existencia siente el legítimo orgullo del honor y el deber cumplido, tenía al mismo tiempo esa atracción misteriosa y simpática que une las almas y encadena las voluntades; por eso su acento encontraba siempre una repercusión grata aun en el espíritu de los más indiferentes.

Dotado de una organización profundamente impresionable, no había emoción dolorosa que no imprimiera en él su honda huella, y en este combate incesante que se llama vida, no se permanece mucho tiempo impunemente cuando se tiene un corazón que puede ahogarnos en el propio esfuerzo de sus arranques ardientes; su débil complexión física no pudo resistir la impetuosidad de su ser moral que se desbordaba como un torrente y estalló con la fuerza de un fuego comprimido.

Él no quería morir y luchó con inmenso afán; sentía en su pecho las inspiraciones del bien y ansiaba vivir para practicarlas, mas así su porvenir no pertenecía ya á este suelo; era forzoso partir, desprenderse de todos los lazos de la tierra y no volver la vista más hacia sus doradas perspectivas; era necesario decir adiós al cariño, á la amistad, al amor á la patria, adiós á la ilusión y á la realidad, á la esperanza y al recuerdo, adiós, en fin, á todas las dulzuras de la vida. . . y á semejanza de un árbol que erguido y magestuoso lo doblega el huracán, así

también cayó él, noble y decidido campeón del sentimiento!

En los últimos días de su permanencia en el mundo, un hecho le distinguió sobremanera: la estimación sin límites que profesó á ese espíritu superior que se llamaba el Dr. Alsina; cuando este dejó de existir su afecto se convirtió en una especie de adoración á su memoria y entonces, en compañía de otros corazones jóvenes y entusiastas como el suyo por toda idea generosa, emprendió la bella obra de la erección de una estatua que perpetuase eternamente el recuerdo de sus virtudes cívicas.

Ha muerto cuando el éxito más lisonjero iba á recompensar sus esfuerzos, pero tal vez el destino en sus inescrutables designios quiso que dos almas nobles que tanto se habían apreciado en este suelo se hallaran pronto unidas en el cielo.

Breve, muy breve fué el período de la existencia del Dr. Enrique Sanchez; en él no se encontrará una sombra sola capaz de oscurecer la limpidez de su conducta ejemplar, y al inclinarnos con respeto sobre su temprana tumba séanos permitido decir: era bueno entre los buenos, era un ser predilecto del Creador.

Junio 14 de 1881.

ALICE.

MESSUN MAGGIOR DOLOR. . .

(Continuacion.)

No oí más: entraron algunas personas al palco y en el movimiento de los saludos de etiqueta, perdí el resto de la conversacion.

Me era bastante: mi viage á Italia estaba resuelto.

Durante el resto de la función, una idea fija dominó en mí: Cristian. Quién era ese Cristian? Padre, hermano, . . . esposo?

Me confundía.

Cuando la Sonámbula vá á cruzar el puente, en ese momento terrible, Vilda varió de asiento, ocupando el que daba la espalda al proscenio: entonces sus miradas se fijaron en mí;—su rostro manifestó profunda sorpresa y una ráfaga rosada coloreó sus mejillas. La saludé cortesmente: en un instante se repuso y con-

testó al mío con un saludo amable y sin afectación. El coronel, absorto con la Patti y Naudin, no notó nada de esta escena muda.

Salimos del teatro y á pesar de mis ardientes deseos no seguí en el mío el carruaje de Vilda que había partido de los primeros.

Eran las once y media de la noche: por costumbre, más que por deseo, ordené á mi cochero dirigirse á Mabilie.

La idea de encontrar allí á Vilda, me oprimía el corazón; creo que la hubiera insultado, despreciado. . .

Estaba loco.

Mabilie se encontraba en todo su apogeo. Al entrar, Corisandra, la *bouquetière* se me acercó misteriosamente y con esa voz de insinuante confianza que quiere establecer un vínculo de solidaridad, me preguntó:

—Monsieur Charles (había olvidado decir que me llamo Carlos) hay que hacer algo para vuestro servicio?

Una ráfaga de fuego cubrió mi rostro: había tenido un segundo la mezquina idea de hacer á Corisandra mi mercurio acerca de Vilda.

—Nada, hija, nada. Estoy arruinado de bolsa y vida. Donde faltan esos dos elementos, ya no hay esperanza.

—No dice así Aubépine, la linda rubia.

—¿Y qué es lo que dice?

—Que hace tres noches ha ganado Vd. quince mil francos en una partida de baccarat.

Era cierto: en uno de esos centros elegantes de fomento al vicio, cuatro días antes, había sido invitado á tomar parte en una partida, habiendo ganado la suma indicada.

En ese momento, Aubépine, preciosa criatura, fresca como la flor cuyo nombre había tomado y rubia como el dorado fleco de la planta del maíz, se acercó á mí cariñosamente, con ese rostro lleno de amor que nunca falta para un hombre que ha ganado quince mil francos al juego.

Yo la había conocido tres meses antes y más de una vez la había tratado.

—Mi querido Carlos, que felicidad ver á Vd. esta noche por aquí, fué la frase de entrada.

—Si para tí es una felicidad el verme en este sitio, debes pasar la vida muy feliz, porque casi nunca faltó.

—No, hablo de hoy exclusivamente. Es Vd. el hombre á la moda.

—Será por mi suerte al juego, donde he ganado la miseria que se pierde cien veces en un minuto?

—Quién habla de dinero? Creíamos que no viniera vd. á Mabilie en adelante. Su centro debe ser las Tullerías, las embajadas, los salones del Faubourg' Saint Germain, el mundo aristocrático, en fin.

—Te burlas, Aubépine? A no ser que te hayas inscripto en el libro azul, y que lleves cuarteles y leones en campo de gules en tu carruaje, no conozco ninguna aristocrática dama, ó por lo ménos, no tengo con ninguna las relaciones que tú supones.

—Y la rubia del bosque?

—Ah!

Desde ese momento, mujeres, amigos, todo el mundo me trataba de hipócrita por no haber confesado ántes que la bella rubia era mi querida. En vano negaba y juraba que era la primera vez que la veía. En Paris, donde esas relaciones se forman en un segundo, no se comprende que un hombre dé la mano á una mujer, sin que por este simple hecho se constituya en amante.

Por lo demas, nadie me daba un solo dato acerca de Vilda, nadie la conocía y solo algunas personas recordaban haberla visto el verano anterior pasar dos ó tres dias en Paris y desaparecer.

Me fastidié en Mabilie y me retiré á preparar mi saco de viaje; creía partir de un momento á otro.

Al dia siguiente busqué á Vilda en todas partes, sin conseguir encontrarla. Llevaba la idea de constituirme en su sombra y seguirla donde fuera. Ya era para mi una necesidad su presencia.

En vano la busqué cinco dias consecutivos; Vilda habia partido.

Desesperado, esperé un dia mas. Por fin, el anhelo de mi alma me arrebató y me lancé á Italia á buscar aquella mujer entre veinte y tres millones de habitantes.

Yo conocia la Italia y la amaba como á uno de esos recuerdos puros de la infancia que refrescan el espíritu en las tristes horas de lasitud moral. Habia vivido un año en ella, haciendo la vida errante del artista; me eran familiares sus bellezas y conocia la historia de cada uno de sus sublimes trozos de mármol, como los rasgos de mi propia vida.

Cuando se ama, siempre se supone en la persona querida una armonia completa de sentimientos y afecciones con los nuestros; yo amaba á Florencia como á la patria ideal y suponía que Vilda. . . . porque yo me habia enamorado de aquella mujer! Su presencia me causaba un sufrimiento dulcísimo, inefable, algo

como esa sensacion misteriosa de que habla Santa Teresa, cuando describe en la mas admirable de sus páginas, su éxtasis divino.

Llegué á Florencia á la caída de la tarde de un bellissimo dia de Mayo, cuando la naturaleza italiana sonrie orgullosa en el *amplesso* de su voluptuosidad. Las brisas del Arno y de las bellisimas alturas de Fiesole venian á acariciar mi frente, como un saludo íntimo al amigo de la poética ciudad.

Tomé un caballo y me fuí á las Cascinas: un mundo poblaba el lindo paseo que se estiende á lo largo del correntoso rio Arno; carruajes lujosísimos, misteriosos coupés, coches de todo género cruzaban en todas direcciones. Mi mirada anhelante buscaba ansiosa á Vilda: parecia que habia sido un sueño para mí: no la veía.

Esa noche se cantaba la condesa de Amalfi en la Pèrgola, por una compañía bastante mala, y Salvini hacia *Otello* en el teatro Pagliano!

La condesa de Amalfi esa vulgar creacion de Petrella, no podia atraer á Vilda.

Salvini, la estatua de la tragedia clásica el génio creador, debia simpatizar con su espíritu ardiente.

Ni en la Pèrgola ni en Pagliano!

MIGUEL CANE.

(Continuará.)

SUETOS

RECIBOS

Con la tertulia que dió el Dr. Iriyoyen la noche del sábado último, ha quedado abierta la série de recibos que dará en la presente estacion.

Por haberse ya publicado la crónica de esa tertulia en algunos diarios, no insertamos una que se nos ha enviado.

9 DE JULIO

Si hemos de juzgar por los preparativos, que desde ya se hacen, las próximas fiestas Julias harán época en la Capital de la República.

Parece que existe la idea de hacer formar en la parada que tendrá lugar el 9 de Julio, un número mayor de batallones, que el que formó en la del 25 de Mayo.

DUELO

A consecuencia de los sucesos producidos últimamente en plena Legislatura Provincial, en una de cuyas sesiones se suscitó un violento y destemplado diálogo entre dos señores Diputados, hubo de realizarse un duelo, que felizmente no tuvo lugar debido á la oportuna mediacion de algunas personas que se propusieron evitarlo á todo trance, para que no se diera otra vez á la sociedad, un espectáculo semejante á aquellos que en estos últimos tiempos la han afligido y llevado el luto á tantas familias.

Asi gana la moral y los principios del honor bien entendido, que no se limpia, si se mancha, con incrustar en el corazon de un hombre, una onza de plomo.

A. F. J. G.

En nombre de varias lectoras de este semanario le pedimos no olvide la promesa que últimamente les hizo, de enviar á esta publicacion algunas de sus bellas producciones.

Esperamos, pues, no dejará de atender el pedido que por nuestro conducto le hacen varias lectoras de *El Album*.

DIGESTO ECLESIASTICO

Este es el título del último libro confeccionado por el inteligente compilador D. Juan Goyena.

El encierra todas las leyes, decretos y disposiciones relativas á la Iglesia y al Clero en sus relaciones con el Gobierno y los particulares respectivamente; siendo, por consecuencia, de gran importancia, así para el público en general como especialmente en el seo de las familias, donde siempre es tan necesario el conocimiento de lo que ese libro contiene.

Los puntos donde se encuentra en venta el Digesto Eclesiástico Argentino son: en las principales librerías y en la Administracion de este semanario, donde, desde ya, se reciben pedidos por cualquier número de ejemplares.

Z.

CHARLA

Dos horas, ni mas ni menos,
Hace que tengo enristrada
La pluma, con el propósito
De dar principio á esta charla,

Y no puedo hacer un verso,
Ni escribir cuatro palabras
Que no anden á puñetazos
Con eso que algunos llaman
Sentido comun, sentido
Que comunmente nos falta.
Y debo escribir, sí, debo
Tratar de que haga gimnasia
El pensamiento, pues suele,
Cuando no agita las alas,
Parecerse á las ovejas,
Por largo tiempo maneadas,
Que, dando traspies caminan,
O, mejor dicho, *traspatas*.
No califiqueis, lectores,
Mi comparacion, de bárbara,
Que espero que, con el tiempo,
Ha de darme gloria y fama;
Cuántos por otras idénticas
Son poétas de gran tallal

Que debo escribir, decia,
Y he de hacerlo, aunque me salga
Lo que escriba, en vez de versos,
Lineas *abibolinadas*.
Pero, sobre qué?—Sobre algo
Que bajo mi pluma caiga,
No siendo sobre las viejas,
Pues fuera escribir sobre ascuas.

**

Empiezo, ya tengo tema:
Unas lineas perfumadas
Que me dirigió, hace tiempo,
La poetisa mas simpática
De todas las que han nacido
Bajo el cielo de mi patria.
En ellas pide *disculpe*
Su libertad—asi llama
Al pedido que me hace,
De la entrega de unas cartas.
Contesto: la que hace versos
Con llanto de *flores pálidas*,
Puede ordenar cuanto quiera
Al que los hace con lágrimas.

A otra cosa: tengo un libro
Ante mis ojos, que exhala
Un perfume de poesia,
Que aspira con gusto el alma.
Aunque su título dice:
«Flores y Nubes,» sus páginas
Tienen solamente flores
Fragantes y delicadas;
Por él, al señor de Egozcue
Le doy un millon de gracias.

**

Dos casamientos se anuncian
Para la entrante semana:
El de Domingo Martinto
Y el del cantor de «La Pampa.»

El primero se une á un ángel
Y el otro á una literata.
Ninguna suegra, mil hijos
Les deseo y vida larga.
Tambien, en el mes de Agosto,
Antonio Argerich se casa
Con una viuda muy jóven,
Rubia, hermosa y millonaria.

Pero, dejo los *suicidios*,
Que me ponen triste el alma,
Y voy á gozar, sentándome
Al lado de la ventana
Por donde tantas hermosas
Y tantos zopencos pasan.

**

Allí van, como dos flores
Que mece el soplo del aura,
Inundando de perfumes
La tierra que hollan sus plantas!
Allí van: son las mas bellas
Suscriptoras de estas páginas;
Una se llama, Maria,
Y el nombre de la otra es Laura.

**

Allí vá tambien un zonzo
Con lente y corbata blanca,
Echándose las de *pillo*
Y requebrando á una dama
Que, á juzgar por el desprecio
Con que escucha sus palabras,
Parece que no le gustan
Los pavos de carne humana.

**

Quien es aquella que siempre
Ante mis ojos se pára,
Muda, triste, melancólica
Y envuelta en túnebres gasas?
¡Quien ha de ser, sino *ella!* . . .
La imágen de mi esperanza!

**

Un escritor y un caballo
Estan frente á mi ventana,
Mascando el uno, con gusto,
Tragando el otro, con ganas.
Oh! injusticia de la tierra,
Que en todas partes resaltas! . . .
El escritor come dulce,
Y el caballo como alfalfa! . . .

**

Vuelve á llover! . . . Cuántos dias
Esta lluvia endemoniada
Me tendrá lejos del astro
Que le trae luz á mi alma!
¡Maldito tiempo, y maldito
El que inventó los paraguas

Que no impiden, cuando llueve,
Que se mojen los que se aman!

Y sigue la lluvia, el barro
Y el concierto de las ranas! . . .
Pues no escribo hasta que deje
De hacerme rabiarse el agua.
¡Vaya á los diablos la pluma
Y á los infiernos la charla!

**

Pero antes oigan ustedes:
Ofrezco una buena dádiva
Al primero que me anuncie
Que una vieja ha muerto ahogada.

FARIAS.

Junio 16 de 1881.

ADMINISTRACION

Al agente D. Juan Tibiletti se le acusa
recibo de la cantidad de setenta y dos
pesos moneda corriente.

A los señores Ernesto C. Perez (hijo)
y Manuel Reyes, se les pide abonen lo
que adeudan á la Administracion de este
periódico.

A los Sres, Ramon J. Lassaga, José Llan
de Rosas, Benjamin Olivares y Máximo
Ojeda, se les ruega arreglen las cuentas
que tienen pendientes con la Adminis-
tracion de «El Album del Hogar.»

A los estafadores, Amalio Reyes, de la
Paz, Esteban Mendizabal, de Juarez,
Alejo Ferreira, del Pergamino y Floro
G. Morel, de Chivilcoy, se les pide manden
el dinero que retienen indebidamente en
su poder, proveniente de suscripcion á este
periódico.

En nombre de todos los sentimientos
del deber y de la honradez, nos dirigi-
mos á aquellos agentes á quienes hemos
escrito encareciéndoles la necesidad que
esta Administracion tiene de recibir los
saldos que adeudan, pidiéndoles se dig-
nen contestar nuestras cartas á la mayor
brevidad posible.

El Administrador.

SECCION DE AVISOS

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del
«Porteño,» entre San Martín y Florida.

Durabilidad, claridad, en su impresión y
baratura.



Planchas para marcar toda clase de ropa

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del
«Porteño,» entre San Martín y Florida.

A LAS FAMILIAS

y

AL PÚBLICO EN GENERAL

Llevamos al conocimiento del público que desde esta fecha ofrecemos en venta en la calle Colon 257, los siguientes específicos de nuestro exclusivo invento.

Agua para sacar manchas en toda clase de telas.

Preparación para limpiar toda clase de metales.

Polvos inmejorables para limpiar los dientes.

Prevenimos igualmente que estos tres artículos se venderán en un solo lote que contendrá una hoja impresa donde se explica la manera como debe usarse cada uno de ellos.

Guillermo Quiroga y Ca.

JACOBA S. DE BUSTOS

PARTERA APROBADA

Ofrece al público sus servicios profesionales.

646—Calle Santa-Fé—646

IMPRENTA COLON

DE JUAN CORONADO E HIJOS

623—CÓRDOBA—623

(Escritorio Central: San Martín 18)

Libros, Periódicos, Folletos, Circulares, Facturas, Precios Corrientes, Conocimientos, Manifiestos de Aduana, Etiquetas, Papeletas, Programas, Diplomas, Memorandums, Targetas de todas clases y tamaños, Carteles, Libretas talonarias para Barracas y Almacenes, etc., etc.

LA AFRICANA

TIENDA Y MERCERIA

DE RAMON DE LA PUENTE

Santa-Fé y Garantías

Gran surtido de ropa blanca para hombres y niños.

Especialidad en pañoletas de lana y felpa, á precios módicos.

Surtido de calzado para señoras y niños, y un variado y completo surtido en artículos del ramo.

POESIAS LIRICAS

de

DOMINGO D. MARTINTO

(Igon Hermanos editores)

Se venden en la Librería del Colegio y en la Administración de este periódico, á 10 pesos el ejemplar.

LA BIBLIOTECA POPULAR

DE BUENOS AIRES

Dirigida

POR MIGUEL NAVARRO VIOLA

Un tomo de 250 paginas cada mes. Suscripción mensual 15 pesos m/c. Mai-pú 24.

DE TABACO HABANO

En la calle Uruguay, núm. 508, se venden cigarrillos de tabaco habano, elaborados por G. Mendez.

TIENDA "LA COQUETA"

SANTA-FÉ 607—ENTRE CALLAO Y GARANTIAS

Desde esta fecha ofrecemos al público los siguientes artículos en venta:

Ricós bombasias labrados á 10, 12 y 15 \$ vara. id lisos desde 4 hasta 8 \$ v. Tartanes para vestidos y batones á 8, 10 y 12 \$ v. id algodón á 5 \$ v. Franjeas blancas, amarillas y punzó á 12, 16 y 18 \$ v. Ricas cretonas para forro de muebles, gustos de última novedad á 7 \$ v. Lustrinas negras y de colores de 4 hasta 20 \$ v. Flecos con canutillos propios para tapados á 12, 16, 18 y 20 \$ v. Cuellos de hilo para señoras á 5 \$ uno. Corsés finos ballena ancha y un variado y completo surtido en artículos del ramo de tienda, mercería y perfumería, á precios lo mas equitativos—adecuados á la época de competencia por que atravesamos. Santa-Fé 607 entre Callao y Garantías.

BOTICA SANTA-FÉ

de

SILVESTRE ROSENDE

Calle Santa-Fé 647 entre Callao
y Ric Bamba.

DESPACHO NOCTURNO

«GRANJA MODELO ARGENTINO»

CALLE JUNCAL ESQUINA LARREA

A los dueños de Hoteles, Catés, Fondas, etc. y á las familias, se les avisa que en el «Gallinero Modelo Argentino», encontrarán toda clase de aves y especialmente gallinas, pollos y huevos frescos.

Los pedidos se reciben á cualquiera hora del día, en el mencionado local.

EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

SEMANARIO DE LITERATURA

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION: URUGUAY 508

EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, JUNIO 26 DE 1881.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE BELLINI

Novela original de Josefina Pelliza de Sagasta

Dedicada á la escritora argentina
Matilde Elena Wili y escrita
espresamente para *El Album del Hogar*.

(Continuacion.)

Adriana:

Te he hallado al fin. Sé tu nombre, las sílabas de tu nombre bello—oh! quien me diera poder para llegar hasta tí, y deshojar á tus piés la corona de mi gloria.

Te he visto y he creído a tu presencia que no habia conocido nada en el mundo.

Yo he contemplado sereno todas las bellezas del universo:—los lienzos de Turbino, la Asuncion de Rafael—el artista cristiano—los cuadros mas bellos de vírgenes y mudonas—todos esos dramas del cristianismo, que guarda Roma en el fondo de sus templos, y que llenan las galerias de todos los Museos del mundo, pero ante tu belleza, he sentido mi razon perdida y mi espíritu atribulado.

Tú no eres una mujer, Adriana. Eres mas: talvez un término medio entre el ángel y el arcángel.

Miguel Angel, Rubens, Van Deek, habrian temblado ante la hermosura artistica de esa cabeza, que parece haber sido hecha para servir de modelo al génio creador del artista.

Adriana, yo te amo como un demente.

No sé si eres libre, pero fuere cual fuere tu estado, yo romperé las cadenas que te ligan.

Dime que soy amado y verás si te hago eternamente para mi.

No quiero saber quien eres; si perteneces á ese hombre que te sigue, oh! si

eres soy. . . yo te arrancaré de sus brazos—y si fuera tu padre...oh! entonces me arrastraria a sus piés, para llamarte mia.

Mañana volveré—si me amas esperame. Si el balcon estuviera cerrado, sabré que todo ha sido una ilusion y no te buscaré ya en la vida.

Ahios. . .oh! si fuera amado por tí . . .

Raynaldo Lenzini.

La jóven levó veinte veces aquella carta, la primera que veian sus ojos dirigida á ella; despues besándola otras tantas, la guardó en su pecho.

CAPÍTULO V.

A la luz de la luna.

Aclaremos lo que no está explicado y que tanto interesa al lector, y así veremos de que medios se valió Lenzini para encontrar á Adriana.

Federico, fingiéndose autor del retrato, habia vendido el cuadro al hombre enlutado; como nuestros lectores saben, quedó comprometido Lenzini para llevárselo. La venta y el ofrecimiento solo habian sido una farsa: el objeto era saber donde se encerraba la hermosa desconocida.

Cuando Raynaldo desesperado imaginó mil medios para aproximarse á la jóven, el retrato se ofreció á su vista como el objeto mas apropósito para realizar su idea. Púsole en la exposicion y sin moverse él de la puerta de entrada principal, examinó una por una á todas las personas que, atraídas por aquella maravilla, entraban á contemplar la obra. . .

Algunos dias hacia que el cuadro estaba en pública espectacion. El pintor ya cansado de su larga guardia, pensaba al fin de aquel dia retirar su obra, cuando descubriendo entre la concurrencia al hombre seco, enlutado, mas parecido á un vampiro que á un hombre, el mismo que acompañaba á la jóven pálida la noche que cantaba la Grange, el pintor ahogó un grito; el hombre penetró y despues de hacerse lugar, contempló el retrato con notable admiracion: su mano seca palpó el lienzo como dudando, y

Raynaldo tocándole el hombro familiarmente, ¿os parece vivo, eh? le dijo. Nuestros lectores recordarán el diálogo que ambos sostuvieron y el que narró el enlutado á su sobriua, pero lo que no saben es, que cuando este volvió en busca del retrato que no aparecia, solo encontró un sobre con diez billetes de a mil pesos y un papelito que decia así:

«Señor vampiro: Juzgadme como queráis, pero yo retiro mi palabra, devolviendoos el dinero; prefiero la miseria antes que entregaros el retrato de una mujer tan hermosa cuyo original hay quien asegura que existe.»

Vuestro servidor.

Raynaldo Lenzini.

El rostro del enlutado, de lívido se tornó verde: contrájose su boca de una manera terrible y como presa de un ataque epiléptico: detúvose un instante, indeciso, luego, subiendo algunos escalones mas, llamó á una puerta que daba al segundo descanso. Una vieja portera abrió.

—Aquí vive un pintor? dijo.

—Vivia, contestó la portera santiguándose.

—Y ahora?

—Se mudó.

—A donde?

—Oh! señor, los inquilinos nunca dicen donde se van.

—Maldicion! gritó el enlutado y dió con el pié sobre las tablas, produciendo un ruido infernal.

La vieja, croyendo que aquel hombre fuera el demonio, apretó con una mano el cristo del rosario pendiente de su cuello, y con la otra entornó poco á poco la puerta, hasta cerrarla.

Maldicion! repitió el enlutado, mientras que descendia la escalera estrujando entre sus manos los billetes. . . .

El enlutado, a quien llamaremos Don Serapio Asofrú, salio de allí despechado con la burla que se le había jugado, y encaminándose hácia el Sur de la ciudad, se detuvo ante una pequeña puerta de una casa de antigua fachada, en el barrio de San Telmo: dió dos golpes con el llama-

dor, y la puerta abriéndose de par en par, dióle paso. Don Serapio entró: nadie ha venido? dijo interrogando á un criado que, con la gorra en la mano, esperaba órdenes.

—Nadie, señor, contestó inclinándose.

—Enciende luz, y luego traeme el té.

Don Serapio subió, y el criado encendiendo algunos picos de gas, salió en busca del delicioso néctar.

Si habrá sido un lazo? pensaba D. Serapio, y yo he caído como un chingolo; pues, señor, de mano no me han de ganar; si me han burlado una, no me burlarán dos veces: mañana me ocuparé de arreglar la casa, y pasado mañana, Adriana siempre rodeada de misterio, estará aquí.

El criado entró, depositó sobre una rica mesa de té la bandeja y sirviendo una preciosa taza de muselina, llena de aromática infusión, presentóla á su señor.

Poco rato despues, Don Serapio se metía en cama, el gas se apagaba y todo, en el mas profundo silencio, yacia envuelto en densas tinieblas.

Mientras que Don Serapio dormía tranquilamente, Lenzini, desde la barca detenida al pié de la torrecilla, sostenia con la bella Adriana este amoroso diálogo:

(Continuará.)

Junio de 1881.

AL EMBESTIR

Quando suelto la rienda á mi caballo
Y alas le pido al viento,
Salta la lumbre, y bajo el férreo callo
Retiembla el pavimento.
He roto ya una lanza en la muralla;
Con sangre el campo humea;
Ante el solemne horror de la batalla
Mi espada centellea.
¡Ladrad, canes, ladrad! Yo, en vuestra frente
Clavando el ancho escudo,
Al son del trueno, en mi alazan valiente,
Caeré con golpe rudo.
¡Pasol ¡Yo voy! ¡Ensordeciendo el monte
Retumba mi amenazal . . .
¿Veis?...ese sol, sangriento en su horizonte,
Relumbra en mi coraza.
¡Ay del que, al aguijon de su ardimiento,
El hierro, audaz, blande,
Y, en pos del rayo, en su furor violento,
Se lanza á la pelea!
¡Yo basto á hundir la colosal muralla
Do su peudón tremolal . . .

¿No ha de ceñirme el triunfo en la batalla
Con su brillante aureola?

La extensa faz con los escombros rota,
Recruje el ancha tierra. . . .
¡Guay! Ya á los vientos deslumbrando flota
Mi pabellon de guerrual

FRANCISCO ZEA.

ITÚ Y YOI

Tú eres el huracan que arrebatá. Yo soy la calma.

Tú eres la luz que difunde claridad y aparta las tinieblas. Yo soy la sombra que todo lo oscurece.

Tu eres la poesia que inspira al corazon. Yo soy la prosa que nada digo al alma del poeta.

Tú eres la esperanza que alienta.

Yo soy la imágen de la desgracia, que atraviesa el árido desierto de la vida, abrumada por los desengaños y las decepciones.

Tú eres la felicidad, que sonríe ante la perspectiva de un porvenir risueño. Yo soy la fatalidad, que vago en el mundo, sin *ayer*, sin *hoy* y sin *mañana!*

Tú eres la aurora refulgente que ilumina el paisaje sombrío del dolor.

Yo soy la noche eterna del lamento, que solloza sin encontrar un levitivo á su quebranto.

Tú eres la ilusion que hace soñar.

Yo soy el desencanto que nada espera del mundo.

Tú eres el futuro, con sus hechiceras visiones y sus tornasolados horizontes.

Yo soy el pasado que vá á sepultar su infortunio en la silenciosa morada de la muerte.

Tú empiezas á la vida.

Yo declino. No he encontrado lo que buscaba en el mundo: *Amistad y Amor*.

Me vuelvo á mi retiro á descansar.

La jornada ha sido larga, pero aun falta la *otra*. Allí, ni se sufre ni se padece. Felices los que nos han adelantado el caminol

ETELVINA I. DE MAVILL.

Quilmes, Junio de 1881.

EL HOGAR

¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazon, y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los dias de inquietud, para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades, porqué, decimos, este sentimiento santo que multiplica y difunde la vida, se encuentra desenvuelto en el pueblo anglo-americano con una intensidad, con una fuerza, con una universalidad desconocida hasta hoy en la historia del género humano?

Es que nunca ha sido tampoco conocido el fenómeno social que lo produce— el advenimiento de un pueblo entero á la propiedad territorial. El hogar es su resultado, como es tambien su glorificación.

El hogar es el sueño, el ideal norteamericano. Para realizarlo, el *pioneer* sale al desierto y desmonta el bosque, ahuyentando al salvaje y á la fiera. Su primer trabajo le ha dado un derecho de preferencia al suelo y materiales de construccion que vende. Un año despues ha comprado al gobierno federal su tierra. Es ya propietario. Una nueva vida se abre delante de él. Su porvenir se halla seguro; y puede oponer á la soledad—la familia. La casa se construye. El invierno pasa. La primavera viene; y al penetrar en la espesura del bosque, se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de los pájaros.

La madre de este niño es la sacerdotisa del nuevo culto que tiene por Dioses —la gloria de la Union Americana, la independendencia y el trabajo. Ella se llama tal vez Nancy Hanks, la madre de Abraham Lincoln, nacido en las soledades del Kentucky. El niño crece, y cuando ella le ha enseñado la mision que la vida impone á todo hombre nacido bajo el cielo de la Union, lo conduce un dia al bosque, y dándole un hacha, y señalándole el árbol que debe derribar, á fin de que principie agrandando con su primer esfuerzo el dominio civilizado de su país, la santa mujer se inclina radiante sobre él, para bendecirlo, con las palabras con que fué bendito el nieto de Franklin:—DIOS Y LA LIBERTAD.

N. AVELLANEDA.

A. . .

Estás muy bella á veces; desprendidos sobre tu esbelta espalda los cabellos; tus lábios sonrientes, incitando á beber la dicha en ellos; en tu mórvido seno y en tus brazos, donde brilla la rosa con la nieve, hay algo que conmueve, y dice: «mis abrazos feliz pueden hacerte.» Es tu mejilla roja como la flor de la granada que en una estatua de alabastro brilla,— cuando, ya de la danza fatigada, paseas, en mi brazo reclinada, en torno del salon, cuando las flores se inclinan tiernas á mirarte hermosa, creyéndote la diosa de los castos amores!

Y en medio de esa vida, de ese estio, ni un latido de amor tu pecho siente: hace un año conozco, indiferente, tu rostro siempre ardiente, tu pobre corazon siempre vacio!

E. E. RIVAROLA.

Junio de 1881.

PLUMADAS

—Te traigo un saco de noticias, ha entrado diciendo mi cólega Estela.

—Me alegró, porque no sabia que decirles á las lectoras del coqueto *Album del Hogar*.

—Y mis noticias tienen doble mérito, porque el *Album* es el periódico favorito de las damas. No hay una casa de mi relacion donde no lo tomen. *El Album* será siempre *El Album*, buscado é interesante. Sus tres años de existencia, prueban la simpatia y proteccion que le dispensa el público; pronto entrará en su cuarto año y vivirá muchos mas.

—Ya lo creo: sus composiciones inéditas y sus secciones amenas, lo hacen único entre los demas semanarios.

—Empieza por referir algo.

—Sabrás que el poeta Martinto, está escribiendo una novela titulada *Adela*.

—Reminiscencias de algunos amores antiguos.

—Por el contrario, recuerdos del *quin-ce* del corriente mes. Que temporada

gefe (!) la que tuvo con la señorita de...

—Ahl picaron, por eso no falta á la misa de once de la Concepcion.

—Que dirán Juana B, de Lima, y Angela Dolores!

—La bella señorita de Rodriguez, cada dia mas encantadora. Es una de esas criaturas que inspiran simpatia desde el primer momento que se las trata.

—Tomasita Leguizamon ha olvidado á sus amigos. . . .

—Enrique R. . . . ha conquistado su corazon.

—Tomasa es una muchacha adorable, pero tiene un defecto: *todos le gustan en general!*

—Y que me cuentas de Isabel H. . .

—Que no falta á los patines: no le causa mucha tristeza la ausencia de L. C.

—Y Virginia M. . . ?

—Inconmovible: yo creo que no tiene corazon, por mas que ella diga, que Falcon es su sueño dorado.

—Vaya una simpatial! Es muy feo el pobrel si me dijeras que Escalerita Zuviria . . . pase, pero Falcon. . . . eso es broma, á Virginia le gusta lo bueno.

—Y Marciala Torres y Quiroga?

—Con su romanticismo de siempre y soñando con. . . sus *arcángelos* celestes.

—Merece una felpa, por sus ideas.

—Ya se la daré yo cuando. . . me cuente sus ilusiones y esperanzas.

—Dile á la linda Isabel Hernandez, que no sea coqueta y que no se ria tanto de los sentimientos del corazon.

—Mi vecina Ercilia E. . . está inconsolable por que Carlitos S. . . se mudó. Se cortó el telégrafo de miradas que sostenian de vereda á veredal. . . A la verdad, que era ridículo el papel que hacian! . . . Por eso que Sara, no dá motivo para que se la critique.

—Y en que se quedó el casamiento de Maria Rodriguez con Carlos B. . . .

—Esas son habladurias de barrio, como dice del Palacio.

—La charla se ha hecho larga.

—Es verdad: para la próxima semana, aprontarse lectoras, que ya publicaré los nombres de las que salgan de novias en las cédulas de San Juan.

Señor Director, señoritas, hasta la vista.

LUCIERNAGA.

Junio de 1881

¡NO ME OLVIDES!

A. . .

No sé que fuerza misteriosa me arrastra á tí.

Te amo con el delirio de la primer pasion y como jamás creí que pudiera amar.

Mi corazon huérfano de afecciones, agonizaba por falta de cariño.

Pero te ví y una estraña simpatia ligó desde ese instante mi vida á la tuya.

La luz de la inteligencia brillaba en tus hermosos ojos; la bondad, en tu dulcísima sonrisa; el talento, en tu despejada frente.

Como no amarte, si tú eras mi ideal soñado?

Como no amarte, si tu acento enamorado modulaba á mi oído frases de ternura que hacian estremecer mi alma de felicidad?

.

Sí; yo sé que me amas; sé que esta pasion que sientes por mí, forma tu dicha. Tu constancia, tu conducta, tu abnegacion, me lo aseguran.

Dudar de tí, seria dudar de mi misma. Y sin embargo, cuando te separas de mi lado, una nube de tristeza oscurece el cielo de mi espíritu.

Temo que tanta felicidad concluya.

Mi porvenir, mi gloria, mis esperanzas en el futuro, están cifradas en tu amor, bien lo sabes, porque para tí no tengo secretos.

Te he dado mi fé y mis ilusiones, no me las quites, porque tu infidelidad me sumiria en una desesperacion inconsolable.

Oye la voz de mi alma que te dice:
No me olvides!

INDIANA.

Junio 21 de 1881.

EL ALBUM DE RETRATOS

Esperando en el salon que á mi vista apareciera La hermosa que ocasion era De mi impaciente emociion,
Un álbum de tersa piel
Con lindos broches de acero
Mientras llega la que espero
Me brinda á fijarme en él.

Cien hombres vi allí pasar,
 Sus etigies contemplando,
 Unos tal vez esperando
 Y otros cansados de estar.
 Allí con sonrisa amante
 Me miraba una mujer,
 Que al verme en la calle ayer
 Perdió el color del semblante.
 Y á su lado seco y frío
 Vi el rostro enjuto de un hombre,
 Que porque la dió su nombre
 Dicen que aborrece el mio.
 Una inconsolable viuda
 Rebosando nueva vida,
 Estaba allí tan vestida...
 Que parecia desnuda.
 Con rostro que anuncia enojos
 Una niña encantadora,
 Rival de la blanca aurora
 Por sus clarísimos ojos,
 Con su linda faz austera
 Parece que me decia:
 —Qué desdichada sería,
 Ingrato, si aun te quisieras
 Satisfecho de su obra
 Contemplé al coronel Melo,
 Que há tiempo me hirió en un duelo,
 Y tuvo razon de sobra.
 Y al lado, la que hoy es ya
 Su mujer, me soureia,
 Y yo muy triste, decia:
 —¡Dios mio, qué vieja está!
 En todo su áureo esplendor
 —Retrato de cuerpo entero—
 Un opulento banquero
 Vestido de cazador.
 Y al lado, con faz cansada,
 Su infantil consorte fiel,
 ¡Blanca paloma sin hiel
 Con armas de oro cazadal
 Un famoso general
 Que nunca ha entrado en accion...
 ¡Sentado junto á un cañon
 Con aspecto muy marcial
 Y un juez que dió á mi contrario
 En pleitos la razon mia,
 La severidad lucia
 De todo un juez ordinario.
 Tristes recuerdos despierta
 En mi mente dolorida
 Ver á un pícaro con vida
 Y á una niña hermosa muertal
 Y aún me da más pena ver,
 Juntos y alegres y unidos,
 En tierno grupo fundidos,
 Dos hombres y una mujer.
 En una página, inmola
 Leyes de un santo cariño
 La nodriza con el niño,
 ¡Y en otra, la madre, sola!
 Mi corazon se alegró

Viendo en la misma postura
 Al médico que me cura...
 Y al cura que me curó!
 Cuatro hojas llenan risueñas
 Varias bellezas tempranas,
 Altas, bajas y medianas,
 Morenas, rubias, trigueñas.
 Todas con tan dulce risa,
 Que el alma quiere adorarlas,
 Sin pensar que al retratarlas
 Les forzaron la sonrisa.
 Por fin, la vista que pasa
 Hojas varias impaciente,
 Halla el retrato esplendente
 De la dueña de la casa.
 Su beldad fascinadora
 Y su escultórico busto
 Resultan más por el gusto
 De una actitud tentadora.
 Flor que atravesando abrojos
 Llegué por fin á tocar,
 Luz que el alma ve brillar,
 Faro que buscan los ojos!

 Mirando extasiado estaba
 El retrato, sin sentir
 Lo mucho que ya en venir
 El original tardaba,
 Y olvidando la tortura
 Que pasé en sed infinita
 Hasta hacer esta visita
 Principio de una aventura,
 Sentia el pecho latir,
 Y la mente soñadora
 Pensaba en la ansiada hora
 Que presto verá lucir,
 Y en el nuevo amor fecundo,
 Tesoro de mil placeres,
 Que haga olvidar los deberes
 Y tiranias del mundo...
 Cuando tantos regocijos
 Turban, aunque no me cuadre,
 Un retrato de mi madre
 Y un grupo en que están mis hijos.

 Sentí entónces... no sé qué;
 Miré en torno del salon,
 Pensé que aun era ocasion...
 Cerré el libro, y me marché!

EUSEBIO BLASCO.

ARCO-IRIS

Una pequeña trasposicion y otros errores de menor trascendencia se han deslizado en el Arco-Iris del número pasado. Lo hago constar para el caso en que

algun lector hubiese llegado á suponer que yo escribia sin *sentido*.

Por este lado me sopla la vanidad.

Creo tener los cinco cubales y en su quicio.

Es verdad, tambien, que esta suposicion se la hace todo hijo de mujer.

En efecto, ¿quién es aquel ó aquella que no cree ser la quinta esencia de la sensatez y la discrecion?

Así va el mundo.

Cada cual quiere que la razon esté de su parte, cuando la razon ordinaria y extraordinariamente está en la luna.

Pero en parte alguna se observa con mas rigor esta verdad, que arrojando una mirada á los partidos políticos.

¡Valientes agrupaciones!

A tiempo me apereibo.

He caído en un tema fecundo, que me agrada mucho, pero que no abordaré en todas sus faces, porque la política,—esa política de pasion y fastidiosa, está desterrada por la práctica y la costumbre de las páginas de periódicos literarios.

No hay que estudiar á los partidos locales para charlar un momento acerca de las pasiones que los conmueven.

Las muchedumbres humanas han sido las mismas en todo tiempo.

En Grecia y en Roma las masas se movian por las mismas leyes que determinan el oleage popular en los tiempos presentes.

Estas leyes existen, no hay duda, pero... siempre este pero que dá alcornoques.

En fin, son como la del embudo.

Cada cual las interpreta al gusto de su paladar.

Hay algunos que llegan hasta decir que la voz del pueblo es la voz de Dios.

Yo, aunque no las tengo sucias, me lavo las manos como Pilatos.

El pueblo hace cosas buenas, por cierto, pero tambien permite que Sócrates beba la cuenta y que Focion se traspuse con su propia espada.

Las masas... ven Vd, como las llaman y á veces no tienen pan.

Bien dicen, que en la casa del herrero cuchillo de palo.

Sin tultar al respeto que se le debe al pueblo, yo opino que le falta el seso la mas de las veces.

Es un buen muchacho.

Generoso, noble, valiente, pero un poco aturdido, otro poco bruto y del todo inesperto.

Jamás escarmienta. Ni en cabeza propia que es cuanto se puede decir.

Al que lo ha engañado una vez le cree Inego con mas confianza.

Hay que repetirlo haciéndole justicia.

Es un buen muchacho.

Tambien se le puede comparar al pobre gato de la tabula con cuyas patitas sacaba el mono las castañas de las brasas.

—

Para estudiar los partidos hay que observar al hombre aisladamente.

En ningun otro animal está tan desarrollado el espíritu de imitacion.

Hay personas que concurren á las manifestaciones políticas con el propósito deliberado de ser meros espectadores y en un dos por tres se las vé en accion y aplaudiendo como el que mas.

El espíritu de imitacion ha obrado en ellos maquinamente y la pasion los ha llevado en su impetnosa corriente.

He ahí el hombre, el partido, el pueblo.

Como la peste, el entusiasmo es contagioso. Cunde mas rápidamente que una hoguera inflamada por un viento devastador.

¿Y la razon?

Cuente Vd, las estrellas, las arcillas del mar ó póngale bozal á una pulga.

Un hombre solo, puede razonar, dos talvez, pero habiendo mas ya es merienda de negros.

Pero como el hombre es sociable. . .

Lo dicho, dicho, y bien se está y muy tranquila la razon en la luna.

—

¿Es desconsolador lo poco de lo mucho que podia haber dicho?

Ah! pero siempre será la verdad.

El mundo es un manicomio y todos los hombres unos locos.

Pero con una diferencia fundamental: que hay locos zonzos y locos pícaros.

Conque. . . no dormirse en las pajas y no encandilarse tampoco al abrir bien los ojos, porque alentamos en el siglo de las luces.

MESSUN MAGGIOR DOLOR. . .

—

(Continuacion.)

—

En vano saludaba cariñoso á todas mis antiguas amistades florentinas: el soberbio David, elevándose esbelto en medio de la plaza de la Señoría, el palacio de los Médicis, la calle habitada por el Orgagna, Donatello, Vespucci el sublime usurpador, y el divino Buonarrotti, no tenian ya para mí aquel encanto misterioso que en años anteriores inundaba mi alma á su aspecto.

A cada momento creia ver á Vilda en la galeria Degli Uffizi contemplando la Venus de Médicis, ó absorta ante la Madona de Sassoferrato: en la galeria Pitti mi deseo la veia en un cuadro del Ticiano ó en una de las místicas creaciones de Andrés del Sarto.

Abandoné Florencia, recorrí toda la alta Italia, y por fin, cansado y perdida ya mi dulce esperanza, me dirigí á Roma.

Roma se encontraba aun bajo la dominacion eclesiástica y presentaba el aspecto mas pagano de todas las ciudades de la cristiandad. Ninguna de las villas de Italia, ninguna de las capitales europeas, tenia aquella idolatria por la forma que caracteriza profundamente el culto jentífico, y que se ostentaba entonces en todo su esplendor en la ciudad de los Césares.

Por ese motivo era tan curioso el estudio de la sociedad romana, como la contemplacion de sus ruinas gigantescas ó de sus soberbias obras de arte: en Roma habia algo nuevo, insólito; un presentimiento me arrastraba á ella; estaba convencido que encontraría allí á Vilda.

Mis presentimientos jamás me han engañado: la encontré.

Una noche me habia dirigido á las ruinas del Coliseo: un cardenal, hombre de mucho talento y de ese tacto poético que distingue á los italianos, me habia aconsejado visitara la inmensa ruina á la luz plateada de la luna. Habia ido varias veces durante el dia, y siempre habia salido con el espíritu dominado por la grandeza y magestad del anfiteatro.

Era una noche clara de luna; una de esas noches italianas, en las que el cielo, puro y sin nubes, se estiendo bellísimo sobre la naturaleza adormecida voluptuosamente. Caminaba silencioso en direccion al Coliseo, fuera ya de la ciudad,

contemplando estático las sombras colosales de la gigante ruina, tendidas á lo largo de la muerta campiña romana. Los poetas han querido ver en aquellas sombras los mil paisajes caprichosos que enjendra su imaginacion sobrecitada por la grandeza del cuadro, los artistas sueñan con las sombras, y los que tienen dentro del alma el amor á lo bello, viven la vida del placer, frente á esa soberbia manifestacion de grandeza.

Yo pensaba en Vilda: en los momentos de excitacion, lo vulgar desaparece del espíritu y queda sola, fija y brillante, la idea dominadora. El prisionero en esos momentos piensa en la libertad, el artista en su ideal, el hombre que ama en la mujer querida. Yo amaba á Vilda, como no habia amado nunca en la vida: cuando arrastraba una existencia material y torpe en Paris, creia que las desgracias que en mi patria habian pesado sobre mí, la muerte de mis amigos en un momento tremendo, la maldicion que pesaba sobre mi frente, habrian agotado dentro de mi corazon todas las fibras delicadas del sentimiento. . . y aquella mujer habia revelado á mi alma la vida del amor, dulce, incalculable, como su lánguida mirada. . .

Penetré en el Coliseo y me senté en el centro, en la ridicula cruz que la explotacion católica ha puesto en ese pedazo del pasado. La mitad del edificio estaba inundado entre las sombras, y la otra mitad brillaba al resplandor de la luna. No habia notado ningun otro visitante, cuando mis ojos se fijaron en una de las entradas que dan al Sud:—sobre un trozo de granito estaba sentada una mujer, contemplando silenciosa y en místico recogimiento, el divino cuadro: la luna bañaba su rostro: era Vilda.

—Hace un mes, señora, en Paris, en uno de los pocos momentos de tranquilidad que ofrece aquel torbellino humano, encontré á vd. una tarde en medio de un lago; hoy, á la luz de la antorcha de las ruinas, como llamo Mme. Stäel, á esa blanca luna que va pasando sobre nosotros como un sueño de felicidad, encuentro á vd. en medio del pasado. Creeré que hay simpatias de afecto en nuestras almas?

—Porqué, no, caballero? Amo el pasado con delirio, porque encuentro en él ese soplo misterioso de poesia que va muriendo en nuestras sociedades modernas. Amo el Coliseo, uno á Florencia y Roma, porque esta es la antigüedad y aquella la Edad-Media.

—Y sola siempre, señora? No encuentra vd. en la expansión la mitad del placer de la contemplación?

—Y cuando no se encuentra quien comprenda nuestras ideas, caballero?

—En esa situación, señora, los espíritus débiles pasan una vida miserable y desesperada, los que son fuertes se alimentan de sus propias inspiraciones y viven en sí mismos, como el águila en las soledades del espacio. Seguramente, vd. no vive desesperada, señora.

—Es una galantería?

—No, es una observación. Jamás he podido ser galante, y si lo fuera, no cometería la ridiculez de ostentarlo en este sitio y á estas horas.

—Y á qué casualidad debo, caballero, el encontrar á Vd. en Italia y de una manera tan inesperada? Creí que su centro fuera París, Londres ó Viena.

—Amo la Italia, señora, y hoy tal vez mas que nunca. He perseguido un ideal y creo encontrarlo.

—En Italia?

—Talvez.

—Es Vd. español, caballero? De tal es su acento.

—Mi patria, señora, se encuentra perdida en uno de los últimos rincones del mundo. He nacido cerca del polo Sud, en medio de inmensas llanuras sin límites.

—Americano.....

—Vd., señora, debe ser de otra raza. Sus ojos, su fisonomía, revelan la criatura del Norte.

—He nacido en Suecia, caballero.

Mi posición se iba haciendo violenta: aquella mujer, sola conmigo en medio de la noche y de las ruinas, me hablaba con la misma sencillez que á un hermano: me encantaba, ponía en agitación mi alma entera. No podía decirle una palabra: un sentimiento de profundo respeto me contenía.

De pronto una nube se posó en mi frente: había recordado un nombre, oído una noche en los Italianos, en París: Cristian! La duda me asaltó.

—Señora, la circunstancia excepcional en que nos encontramos sería suficiente título para autorizarme á dirigir á Vd. una pregunta?

—Pregunte vd, señor.

—Es vd. soltera?

—No, señor; soy viuda.

—Viuda... á esa edad... mucho habrá sufrido vd. La muerte de la persona querida en la edad de las dulces ilusio-

nes, es el golpe mas terrible que puede sufrir el corazón.

Ahl caballero, tenía diez y siete años y mi familia me casó con el baron de Osnabruck, á quien no conocía y que se encontraba de embajador en Londres. Me casé por poder, y el baron murió al emprender el viaje de vuelta. No lo he conocido; era segun me han dicho un respetable anciano, estimado por todo el mundo y que al morir me dejó nombre y fortuna.

Callé: un torrente de alegría inundaba mi alma. Hubiera deseado morir en aquel momento, oyendo una palabra de amor de los labios de Vilda.

—Y... nunca ha amado vd. señora?

—Nunca, caballero. Dicen que es muy bello, murmuró fijando su lánguida mirada en el astro de la noche, la pálida viajera que cruzaba el espacio bellisimo y tranquila.

La contemplaba mudo... yo, el hombre habituado á jugar con todos los sentimientos del corazón, no encontraba valor en mi alma para revelar mi cariño á la dulce criatura.

—El ser que ama las ruinas, el pasado, todo lo que encierra una idea poética, tiene que tener en el alma un ideal, una imagen que adora en el misterioso silencio del corazón. Vd. ama, señora.

—Amar... ser amada y comprendida! Oh! Sus ojos se cerraron y su seno palpité acelerado; estendí mi mano hácia la suya, y en el momento de ir á tomarla, Vilda se puso de pie, sin emoción, sin que su voz revelase ninguna sensación violenta.

—Caballero, me dijo, tendría vd. la bondad de conducirme hasta el carruaje? El trío de la noche me hace mal.

Al subir al carruaje que la esperaba fuera del coliseo, me dijo:

—Si no nos encontramos mas, crea vd. señor, que no olvidaré el dulce momento que acabo de pasar.

Balbuicé una frase convencional y el coche partió.

Volví á mi hotel desesperado.

A la mañana siguiente me encontré con una invitación para una fiesta que daba el embajador de Portugal en una de las villas de Roma.

El embajador era entonces el duque de Saldanha, cuya celebridad como diplomático y hombre de mundo se extendía ya por todas las cortes europeas; era una dicha conseguir una invitación para sus fiestas, y un crimen de lesobuen gusto

faltar á ellas. Yo me había ligado con el Secretario de la embajada en París, y al saber que estaba en Roma, había tenido la delicadeza de enviarme un billete de invitación.

No es del caso hacer una descripción ni de la bellisima villa Paulutti, ni de la fiesta. Figúraos todo lo que el espíritu humano puede idear para hacer gozar los sentidos y lo encontrareis allí. Saldanha sabía hacer las cosas, algo á disgusto de la corte de Lisboa, que mas de una vez tuvo que pagar las inmensas deudas del noble duque, para poder emplearlo en otro destino.

Entré en los salones tarde ya, del brazo de Esteban de Pinto Moura, el Secretario. A primera vista, dos figuras me llamaron extraordinariamente la atención. Eran dos hombres altos, esbeltos, y de alta fisonomía. Uno era rubio y tenía su cara un parecido tal con Vilda, que un nombre vino al instante á mis labios: Cristian. El otro era moreno; ojos negros y profundamente concentrados;—su mirada entraba en el alma.

Me estreñecí: Vilda debía estar allí!

En efecto, á pocos momentos Vilda entró en la sala, acompañada por el anciano Coronel que había estado con ella en París, en los Italianos.

—Conoce vd. esa dama, Esteban? pregunté á mi amigo.

—No; es hoy la primera vez que veo su bellisima figura. Sé que se llama la baronesa de Osnabruck, y que aquel hermoso jóven que habla en este momento con Gustavo de Rosbek es su hermano.

—Ese caballero que vd. llama Rosbek, es acaso sueco?

—Sí, y segun tengo entendido, no es del todo insensible á los encantos de Vilda.

—Ahl... Como conozco á esa dama, me permitirá vd. que me acerque un instante...

—Hola! y porqué tan pálido... acaso... perdon, amigo.

Moura pronunció estas palabras por una suplicante mirada mia: me había comprendido.

Me acerqué á Vilda en un momento en que quedó sola; me saludó sencillamente: creí notar, sin embargo, una mirada recelosa dirigida al punto en que se encontraba Cristian y Rosbek.

—Señora, me permitirá vd. ofrecerle mi brazo para hacer un paseo por el jardín?

—Con gusto, caballero.

Cruzamos el salon, blanco Vilda de todas las miradas: su soberana belleza atraia como el brillo del diamante, como un cuadro del Ticiano.

Llegamos al jardin, admirable de arte y naturaleza, lleno de árboles y enredaderas, por entre las que se escapaba misterioso el débil fulgor de un farolillo de la China, ó una débil hebra de luz eléctrica que venia desde el estanque jugueteando entre las ramas de los árboles, confundida con el suave resplandor de la luna.

Mi corazon estaba oprimido, y Vilda, por primera vez, dejaba ver cierta emocion.

MIGUEL CANÉ

(Concluirá.)

MISCELANEA

Hoy viérnes veinticuatro,
Día de novias,
En que las cedulillas
Presagian bodas,
Casamientos, consorcios
Y otras mil cosas,
Que con el matrimonio
Se relacionan;
Estoy, lectoras bellas,
Bellas lectoras,
Por agarrar un hacha,
Lanza ó pistola,
Daga, cañon, cerrucho,
Torpedo ó bomba,
Cohete incendiario, rifle,
Picana ó bola,
Flecha, fusil de aguja,
Cordel ó sogá,
Cualquier arma cortante,
Con punta ó mocha,
Fina, delgada ó gruesa,
O larga ó corta,
Que me lleve al infierno
Con viento en popa.
Por que, lectoras mias,
Esta parroquia,
Pueblo, ciudad, ó villa,
Panteon ó fosa,
Sepulcro, osario ó tumba
Sombria y sola,
Tiene en su aire un veneno,
Tiene en su atmósfera
Los átomos malignos
De una ponzoña,
Que al alma que la aspira,

Que la soporta,
Con crueles desengaños
La decepciona,
Y á su impuro contacto
La flor hermosa
De amantes ilusiones,
Encantadcras,
Va soltando marchitas
Todas sus hojas.
Por eso en este dia,
Día de novias,
En que el suicidio buscan
Tantas polomas
Tiernas, tímidas, castas,
Que se remontan
A impulso del deseo
Que en su alma brota,
Hasta ese templo santo,
Do cantan gloria,
Y do el cura les hace
La ceremonia;
En este aciago dia
Quiero, lectoras,
Ser víctima infelice
De una pistola,
Lanza cañon ó rifle,
Torpedo ó bomba.
Que venga, sí, al momento,
Y sin demora,
Un arma que me arroje
Yerto, á la fosa;
Que venga, sí, que venga,
Ya que vosotras,
Despreciando las *prendas*
De mi persona,
No quereis inmolarme,
Ninfas traidoras,
En donde un clérigo haga
La ceremonia.

* * *

No sé si os habré dicho
Que hay una hermosa
A quien mi alma de hinojos
Ha tiempo adora.
Mas si antes lo he contado
Perdon, lectoras.
Perdonadme, pues tengo
Mala memoria.
Lo que sé que no he dicho,
Esta, me consta,
Es que tiene mi bella
Las trenzas blondas,
Doradas cual sus hebras
Tiene la aurora.
Su cintura es la palma
Gallarda, airosa,
Que al impulso del viento
Mece su copa.

Son sus ojos el piélagos
Donde se engolfa
El alma que los mira,
Tierna, afanosa.
De nácar es su frente,
Como las conchas
Que los mares de la India
Guardan ignotas.
Son sus lábios purpúreos
Como las rosas,
Y el aliento que exhalan
El viento aroma.
Ahí teneis el retrato,
La pobre copia
De la bella que mi alma
Ha tiempo adora.
¿La quereis mas perfecta?
Pues, haced otra.

FERREIRA.

ADMINISTRACION

Al agente D. Luis Franco se le acusa recibo de la cantidad de cuarenta y dos pesos moneda corriente.

A los señores Ernesto C. Perez (hijo) y Manuel Reyes, se les pide abonen lo que adeudan á la Administracion de este periódico.

A los Sres, Ramon J. Lassaga, José Llan de Rosas, Benjamin Olivares y Máximo Ojeda, se les ruega arreglen las cuentas que tienen pendientes con la Administracion de «El Album del Hogar.»

A los estafadores, Amalio Reyes, de la Paz, Esteban Mendizabal, de Juarez, Alejo Ferreira, del Pergaminó y Floro G. Morel, de Chivilcoy, se les pide manden el dinero que retienen indebidamente en su poder, proveniente de suscripcion á este periódico.

En nombre de todos los sentimientos del deber y de la honradez, nos dirigimos á aquellos agentes á quienes hemos escrito encareciéndoles la necesidad que esta Administracion tiene de recibir los saldos que adeudan, pidiéndoles se digan contestar nuestras cartas á la mayor brevedad posible.

El Administrador

SECCION DE AVISOS

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del «Porteño,» entre San Martín y Florida.

Durabilidad, claridad en su impresión y
batería.



Planchas para marcar toda clase de ropa

SELLOS DE GOMA

H. D. WOODWELL Y Ca.

PRECIOS DESDE 25 PESOS

Escritorio: calle Piedad, núm. 134

Se precisan Agentes

H. D. WOODWELL Y Ca.

140 — Piedad — 140

Directamente en frente de la oficina del «Porteño,» entre San Martín y Florida.

A LAS FAMILIAS

Y

AL PÚBLICO EN GENERAL

Llevamos al conocimiento del público que desde esta fecha ofrecemos en venta en la calle Colon 235, los siguientes específicos de nuestro exclusivo invento.

Agua para sacar manchas en toda clase de telas.

Preparación para limpiar toda clase de metales.

Polvos inmejorables para limpiar los dientes.

Prevenimos igualmente que estos tres artículos se venderán en un solo lote que contendrá una hoja impresa donde se explica la manera como debe usarse cada uno de ellos.

Guillermo Quiroga y Ca.

JACOBA S. DE BUSTOS

PARTERA APROBADA

Ofrece al público sus servicios profesionales.

646—Calle Santa-Fé—646

IMPRENTA COLON

DE JUAN CORONADO E HIJOS

623—CÓRDOBA—623

(Escritorio Central: San Martín 18)

Libros, Periódicos, Folletos, Circulares, Facturas, Precios Corrientes, Conocimientos, Manifiestos de Adnana, Etiquetas, Papeletas, Programas, Diplomas, Memorandums, Targetas de todas clases y tamaños, Carteles, Libretas talonarias para Barracas y Almacenes, etc., etc.

LA AFRICANA

TIENDA Y MERCERIA

DE RAMON DE LA PUENTE

Santa-Fé y Garantías

Gran surtido de ropa blanca para hombres y niños.

Especialidad en pañoletas de lana y felpa, á precios módicos.

Surtido de calzado para señoras y niños, y un variado y completo surtido en artículos del ramo.

POESIAS LIRICAS

de

DOMINGO D. MARTINTO

(Igon Hermanos editores)

Se venden en la Librería del Colegio y en la Administración de este periódico, á 10 pesos el ejemplar.

LA BIBLIOTECA POPULAR

DE BUENOS AIRES

Dirigida

por MIGUEL NAVARRO VIOLA

Un tomo de 250 paginas cada mes. Suscripción mensual 15 pesos m.c. Mai-pú 24.

DE TABACO HABANO

En la calle Uruguay, núm. 508, se venden cigarrillos de tabaco habano, elaborados por G. Mendez.

TIENDA "LA COQUETA"

SANTA-FE 607—ENTRE CALLAO Y GARANTIAS

Desde esta fecha ofrecemos al público los siguientes artículos en venta:

Ricos bombasies labrados á 10, 12 y 15 \$ vara. id lisos desde 4 hasta 8 \$ v. Tartanes para vestidos y batones á 8, 10 y 12 \$ v. id algodón á 5 \$ v. Franelas blancas, amarillas y punzó á 12, 16 y 18 \$ v. Ricas cretonas para forro de muebles, gustos de última novedad á 7 \$ v. Lustrinas negras y de colores de 4 hasta 20 \$ v. Flecos con canutillos propios para tapados á 12, 16, 18 y 20 \$ v. Cuellos de hilo para señoras á 5 \$ uno. Corsés finos ballena ancha y un variado y completo surtido en artículos del ramo de tienda, mercería y perfumería, á precios lo mas equitativos—adecuados á la época de competencia por que atravesamos.

Santa-Fé 607 entre Callao y Garantías.

BOTICA SANTA-FE

de

SILVESTRE ROSENDE

Calle Santa-Fé 647 entre Callao y Rio Bamba.

DESPACHO NOCTURNO

«GRANJA MODELO ARGENTINO»

CALLE JUNCAL ESQUINA LÁRREA

A los dueños de Hoteles, Cafés, Fondas, etc. y á las familias, se les avisa que en el «Gallinero Modelo Argentino», encontrarán toda clase de aves y especialmente gallinas, pollos y huevos frescos.

Los pedidos se reciben á cualquiera hora del día, en el mencionado local.